

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO III — TOMO VI

MONTIVIDEO, FEBRERO 6 DE 1884

NÚMERO 20

Curso de Derecho Constitucional

POR EL DOCTOR DON JUSTINO J. DE ARBÚZAGA

SEGUNDA PARTE

ORGANIZACION POLITICA

CAPÍTULO III

SISTEMAS ELECTORALES

(Continuacion)

I

REMARKS — Eleccion directa y eleccion indirecta — Error en que incurran generalmente los tribunales a este respecto — Ventajas de la eleccion directa — Asegura, en cuanto es posible, la mas genuina expresion de la voluntad popular — Crea indeseables vinculos entre los electores y los electos — Hace posible la aplicacion de un sistema electoral que da representacion proporcional a todas las opiniones — Evita la corrupcion, el fraude y las violencias en las operaciones electorales — Crea y fortalece en los ciudadanos las cualidades indispensables para el funcionamiento del regimen representativo — Defectos de la eleccion directa — Produce el efecto de llevar al seno de las asambleas representativas individuos poco preparados para las funciones publicas — Favorece la eleccion de los ciudadanos que profesan opiniones extremas — Ventajas de la eleccion indirecta — Depuracion del sufragio — Eleccion mas aceptada cuando se requiere en los candidatos conocimientos especiales y cuando hay que organizar instituciones modernas — Objection que se hace a la eleccion indirecta — El mandato imperativo — Retractacion — Medios de impedir que el mandato imperativo desnaturalice la eleccion indirecta — Defectos de la eleccion indirecta.

En todas las sociedades regidas por el sistema representativo de gobierno, la eleccion periódica del personal de los Poderes Públicos no se verifica siguiendo en todos los casos un procedimiento uniforme. En nuestro país, por ejemplo, los Diputados son elegidos

directamente por el pueblo, los Senadores por un colegio elector, constituido en cada departamento por el voto directo de los ciudadanos, el Presidente de la República y la Alta Corte de Justicia por las dos Cámaras Legislativas, reunidas en Asamblea General, y los Tribunales de Apelaciones y los Jueces de primera instancia por la Alta Corte de Justicia. Esta misma diversidad en el modo de elegir los altos funcionarios públicos se establece en las Constituciones políticas de los demás pueblos que practican las instituciones libres. Quiere decir pues que, para la provision de los cargos públicos, se procede de dos maneras distintas, ó por eleccion directa ó por eleccion indirecta.

Cuál de estos dos procedimientos electorales sea más ventajoso y más apto para producir el efecto de que cada rama del Poder Público se organice de modo que pueda realizar ampliamente los fines especiales de su institucion, es una cuestion que no admito una solucion general, pues, como lo demostraré oportunamente, si la eleccion directa es una imperiosa exigencia del régimen representativo en algunos casos, tales como el de la eleccion de los miembros de la Cámara de Diputados, en otros, en la eleccion de los Magistrados Judiciales, por ejemplo, en la de Senadores y en la de Presidente de la República, sólo la eleccion indirecta puede dar convenientes resultados. Incurren, por consiguiente, en lamentable error la generalidad de los tratadistas de Derecho Constitucional, que formulan esta cuestion en términos abstractos, prescindiendo de las condiciones particulares de cada rama del Poder Público, de las cualidades especiales que debe poseer cada categoría de funcionarios y de los distintos resultados que en la eleccion de cada una de ellas deben perseguirse, y le dan una solucion general, adoptando exclusivamente y para todos los casos un solo procedimiento electoral, el procedimiento directo, los que exageran las virtudes de la democracia, los que miran como una verdad perfecta esta paradoja de Montesquieu, «que el pueblo es admirable para elegir á los que debe confiar su poder soberano», y el procedimiento indirecto los que exageran los peligros de la accion inmediata del pueblo, los que piensan con Tocqueville que hay en la democracia una tendencia irresistible á alejar de la vida pública los ciudadanos más independientes ó ilustrados.

Ambos métodos de eleccion tienen ventajosa y legítima aplicacion; y para proceder [con acierto al determinar en cada caso cuál de los dos es el que debe practicarse, conviene sobre manera estudiar

los resultados positivos de su funcionamiento y las ventajas que cada uno, de ellos ofrece.

Uno de los más importantes efectos de la eleccion directa es el de asegurar, en cuanto es posible, la más genuina expresion de la voluntad popular. Cuando el derecho de sufragio es ejercido directamente por los ciudadanos, cuando entre los electores y los funcionarios públicos no existe intermediario alguno, si se adopta un sistema electoral perfeccionado, y se garante la libertad de sufragio á todos los miembros de la sociedad y no se ponen en juego las influencias ilegítimas comunmente empleadas para falsear los resultados del voto popular, en el seno de las asambleas así elegidas se encontrarán siempre fielmente representados todos los intereses, todas las ideas y todas las pasiones que existen en la sociedad y constituyen el poderoso agente de su vida y de su desenvolvimiento progresivo. Una asamblea representativa, de esa manera constituida, será siempre infaliblemente una imagen reducida pero perfecta de la Nacion, ó, como lo ha dicho un distinguido publicista, «un mapa político del país, reducido segun una escala, cuyos grados se calculen por el número de representantes que la formen. (1)» — Fuera de la eleccion directa, ningun otro método, ninguna otra combinacion electoral puede producir tan importantes resultados.

Emanando los funcionarios públicos directamente de la voluntad del pueblo, se crean espontáneamente entre este y aquellos estrechísimos vínculos que determinan una série de hechos de incalculables ventajas para la libertad y para el funcionamiento regular de las instituciones representativas democráticas. Bajo el imperio de ideas y aspiraciones comunes, identificanse ciudadanos y gobernantes, y de esta manera las instituciones políticas vienen á ser «verdaderos organismos por medio de los cuales la opinion pública pasa á ser voluntad pública (2)» — Y así como los funcionarios, por efecto de su origen popular, se someten sin resistencia al poder de la pública opinion, los ciudadanos depositan plena confianza en sus mandatarios, desapareciendo en consecuencia esos funestos antagonismos entre la sociedad y los Poderes Públicos que tan hondos males ocasionan.

Se ha visto ya que la representacion proporcional de todas las

(1) Emilio Girardin — *La Presse* -- 1845.

(2) Lieber — «*La Libertad Civil y el Gobierno Propio*» tomo 1.º pág. 211.

opiniones y de todos los intereses sociales es un principio de indispensable aplicacion para que las asambleas representativas estén legítima y convenientemente organizadas. Pero esa teoría de la representación de las minorías, que es á justo título considerada como uno de los más grandes progresos realizados por la ciencia Constitucional en nuestros días, sólo puede ser fielmente practicada á condicion de que se adopte para las elecciones el método directo. Estableciéndose agentes intermedarios entre el pueblo y sus representantes, por medio de cualquiera combinacion electoral; delegando la masa general de los electores en un reducido número de ciudadanos el derecho de elegir sus mandatarios, no es posible esperar que estos representen otras opiniones y otros intereses que las opiniones y los intereses de los que han recibido el encargo de elegirlos.

Otra de las ventajas que ofrece el método de eleccion directa es la siguiente: «Siendo muy considerable el número de ciudadanos que han de tomar parte en una eleccion, hay necesariamente mayor dificultad para reunir un número de voluntades suficiente para elegir una persona que cuando ese número es reducido. Sea que se empleen promesas ó dádivas para ganar los sufragios, sea que se trate de obtener estos por el temor, ménos probable es que tales medios tengan suceso sobre un gran número de individuos que sobre uno pequeño. Si se quiere emplear el dinero para comprar los votos, el que sea bastante rico para comprar centenas ó miles de electores, no podria hacer lo mismo con centenares de miles, ó con millones de ellos. Dido Juliano, á pesar de su inmensa fortuna, no habria podido comprar en Roma á los que lo eligieron emperador, si en lugar de algunos miles de pretorianos, que se habian abrogado el derecho de disponer del trono imperial, hubiese tenido que comprar los sufragios de la mayoría de millones de ciudadanos romanos. Si se pretende seducir á los electores con promesas de ventajas personales, ménos probable es todavía que tal cosa pueda realizarse con éxito siendo el cuerpo electoral muy estenso, que cuando esto es limitado. Varian tanto las aspiraciones individuales de cada hombre, que apenas puede concebirse que haya quien se proponga contentar á miles de ellos, ni que pueda disponer de medios para ello.»

«Queda sólo la intimidacion como medio eficaz de hacer prevalecer sobre un gran número de electores la influencia de los que, por fines particulares, quieran dominar su voluntad ó inducirlos á ha-

cer una eleccion de acuerdo con sus deseos. En efecto, el temor puede obrar de la misma manera sobre un gran número que sobre uno pequeño para uniformar la voluntad de los que lo formen, segun sean los medios que estén á disposicion de los que lo empleen para hacer efectivos actos de violencia.»

«Pero esto quiero decir que no deben ponerse en manos de ningún individuo medios de ejercer esos actos de violencia; que los que dispongan de la fuerza pública no puedan intervenir para nada con ella en las elecciones, ni emplearla para violentar á los electores.»

«Aun cuando no se tomasen esas precauciones, todavía seria siempre más difícil ejercer la presión violenta sobre la voluntad de los electores formando estos un cuerpo numeroso, de todos los que tienen el encargo del sufragio, que cuando este cuerpo sólo se compone de unos pocos elegidos por aquellos. Ejerciendo el sufragio muchos individuos, y siendo directa la eleccion, por necesidad hay que dividir los electores en diferentes grupos, distribuidos en todo el país, para que la votacion sea posible; y el que quisiera violentarlos, tendria que hacer obrar la fuerza en muchos puntos, y disponer de medios para ello en todas las localidades. Cuando no hay que obrar sinó sobre un colegio electoral, escogido para hacer las elecciones, y el sufragio está restringido á muy pocas personas, la posibilidad de que la violencia pueda emplearse y produzca su efecto, crece inmensamente.»

«En suma, el método de eleccion directa, siendo el más propio para facilitar la expresión genuina de la voluntad popular, es también el que dá lugar á tomar mejores precauciones contra las influencias siniestras que pueden desnaturalizar las elecciones (1).

Examinado el método de eleccion directa bajo otro punto de vista, descúbrese fácilmente en él otra de sus más excelentes cualidades. Se ha dicho con sobrada razón, que el régimen representativo democrático es la mejor forma de gobierno porque, á la vez que asegura más sólida y eficazmente que cualquier otro sistema de organizacion política la libertad y el orden social, es también una verdadera escuela de educación política y de virtudes cívicas para los ciudadanos. Pero para que el régimen representativo de gobierno realice tan importantes fines, para que no se desnaturalice por completo y se convierta en un instrumento de opresion, que ponga

(1) Florentino Gonzales — «Lecciones de Derecho Constitucional» pág. 132.

en verdadero y perenne peligro las libertades públicas, es indispensable que la vida política se halle difundida por todo el cuerpo social, que todos los ciudadanos se interesen en la dirección de los negocios públicos, que penetrándose de la elevada importancia de sus derechos políticos, pongan empeño en ejercerlos, y que fiscalicen sin descanso la conducta de los Poderes Públicos, ya para contenerlos en sus avances, ya para alentarlos y fortalecerlos cuando proceden con estricta legalidad y luchan por el triunfo del derecho. Las instituciones libres únicamente viven y prosperan á costa del esfuerzo continuo, de la incesante actividad política de los ciudadanos; sólo el despotismo es conciliable con la inacción y el letargo de los pueblos. Ahora bien; á escepcion del pequeño número de individuos que desempeñan los cargos públicos, la inmensa mayoría de los ciudadanos sólo participa de la vida política de la sociedad por medio del sufragio, y esa participación es considerable ó insignificante según el método electoral que se practique. Así, si para el ejercicio del derecho del sufragio se adopta el método indirecto y, en consecuencia, la masa general de los electores vé reducida su misión á designar las personas que deban elegir los funcionarios públicos, no es posible esperar que funcion tan insignificante tenga el poder de avivar el espíritu público y pueda convertirse en un medio de educación política para los ciudadanos, porque, como lo observa Stuart Mill, ese procedimiento electoral exige que los electores primarios no se preocupen de opiniones ni de medidas políticas ni de hombres públicos, y si sólo de buscar las personas de su confianza en quienes deban delegar el derecho de elegir el personal de los Poderes Públicos. Por el contrario, aplicándose el método de elección directa, se acuerda á todos los miembros de la sociedad una función importante, propia para desarrollar la inteligencia política de los electores y para interesarlos vivamente en la gestión de los negocios públicos. El ejercicio directo del sufragio coloca á los ciudadanos en la necesidad de conocer los hombres públicos, de estudiar sus opiniones y sus tendencias para poder votar con acierto, y los hace entrar de lleno en el movimiento general de la política con el auxilio de la prensa y de las reuniones populares. El voto directo pues, ofrece también la considerable ventaja de crear y fortalecer en los ciudadanos las cualidades intelectuales y morales indispensables para el funcionamiento regular de las instituciones representativas democráticas.

Tales son los más importantes y benéficos resultados que produ-

ce el método de elección directa. Veamos ahora sus defectos y sus inconvenientes, que son también considerables. Puede establecerse en términos generales que este procedimiento electoral, siendo, como lo ha dicho Lieber, un seguro medio de que la opinión pública pase á ser voluntad pública, refleja todos los vicios y todos los defectos del pueblo que lo practica. Cualquiera que sea el grado de cultura á que haya llegado una sociedad, es indudable que sus clases inferiores, que constituyen siempre la mayoría de la población, á pesar de la instrucción política que puedan adquirir mediante el más amplio ejercicio de todas las funciones de soberanía que corresponden á los ciudadanos en los pueblos libres, y de la instrucción literaria que se les ofrezca en las escuelas, se encontrarán en un estado más ó menos considerable de atraso y de ignorancia. Y como entre los electores y los electos existen las mismas relaciones que entre las causas y sus efectos, la acción directa de esas masas populares, manifestada por medio del sufragio, sólo puede producir el efecto de llevar al seno de las asambleas representativas individuos de escasa cultura intelectual y poco aptos, por consiguiente, para el desempeño de las delicadas funciones públicas que se les confían. Estudiando Tocqueville las instituciones políticas de los Estados-Unidos, no pudo dejar de ver este defecto del método de elección directa, y consignó en *La Democracia en América* las siguientes observaciones, que vienen á comprobar lo que acabo de decir. « Cuando entráis en la sala de Representantes en Washington, os sentís impresionado por el aspecto vulgar de esta gran asamblea. La mirada busca á menudo en vano un hombre célebre en su seno. Casi todos sus miembros son individuos oscuros, cuyos nombres no traen ninguna imagen al pensamiento; la mayor parte de ellos son abogados de aldea, comerciantes y también hombres que pertenecen á las últimas clases. En un país donde la instrucción está casi universalmente distribuida, se dice que los representantes del pueblo no saben á veces escribir correctamente. A dos pasos de allí se abre la sala del Senado, cuyo estrecho recinto encierra una gran parte de las celebridades de América. Apenas si se vé allí un solo hombre que no traiga á la memoria la idea de una ilustración reciente. Forman el Senado abogados elocuentes, distinguidos generales, hábiles magistrados y hombres de Estado conocidos. Todas las opiniones que se emiten en esta asamblea harían honor á los más grandes debates parlamentarios de Europa. ¿Cuál es la causa de este singular contraste? ¿Por qué lo más selecto de

la nación se encuentra en esta sala y no en aquella? Porque la primera asamblea reúne tanto elemento vulgar, cuando la segunda parece tener el monopolio de los talentos y de las lucas? Una y otra emanan, sin embargo, del pueblo; una y otra proceden del sufragio universal y ninguna voz se ha elevado hasta el presente en América para sostener que el Senado sea enemigo de los intereses populares. De dónde procede, pues, tan enorme diferencia? Yo no veo sino un solo hecho que la explique: la elección que produce la cámara de representantes es directa, el Senado emana de la elección de dos grados.» (1)

Ofrece también otro peligro el método de elección directa, que ha sido indicado con toda precisión por un distinguido publicista contemporáneo. « Favorece este procedimiento electoral, dice Courcelle Seneuil, la elección de los hombres que profesan opiniones extremas; porque, entre las masas ignorantes de la población, son siempre las opiniones extremas, ó más bien, los temperamentos violentos, los que, en cada partido, adquieren mayor popularidad ó influencia. Las opiniones medias, los hombres moderados, dispuestos á las transacciones, que son tan necesarias para el juego regular de las instituciones libres, son olvidados generalmente en las elecciones directas. »

Pasando ahora al estudio del método de elección indirecta, comenzaré, como lo he hecho anteriormente, por indicar las ventajas que su aplicación práctica puede producir. Los espíritus más decididamente opuestos á este falso principio que sientan los enemigos de la democracia: que el pueblo es completamente incapaz de constituir, de una manera regular y conveniente, los Poderes Públicos por medio del sufragio, no dejarán, sin embargo, de reconocer que, entre la cultura y las aptitudes políticas de las capas inferiores de la sociedad y las de las clases superiores existe una diferencia enorme; que mientras aquellas obedecen en sus movimientos á vagos instintos y á sentimientos mal definidos, pudiendo en consecuencia extraviarse fácilmente, ó ser víctimas de la explotación y de la intriga, estas proceden generalmente de una manera seria y reflexiva y guiadas por inspiraciones propias, y que, por consiguiente, si la masa general de los ciudadanos, en vez de elegir directamente el personal de los Poderes Públicos, delegara el ejercicio de ese derecho en un colegio electoral de segundo grado, que naturalmente

(1) "De la Démocratie en Amérique". tomo segundo, pág. 52.

sería formado por ciudadanos de las clases superiores, la elección de los gobernantes se verificaría con mucho más acierto y competencia. Un colegio electoral de segundo grado, siempre que sea libremente constituido por los electores primarios, estará formado, sino por las primeras ilustraciones del país, al menos por ciudadanos cuya instrucción y demás condiciones personales les coloquen muy por encima del vulgo, pues, á no ser así, carecerían de la popularidad suficiente para reunir el número de votos requeridos para ser electos miembros del Colegio. El método indirecto pues, es un mecanismo apto para depurar el sufragio, eliminando los elementos inferiores de la sociedad y confiando la función electoral solo á ciudadanos competentes. Luego sus resultados prácticos, mirados bajo el punto de vista de la mayor ilustración ó idoneidad de los funcionarios públicos, tienen indudablemente que ser muy superiores á los que produce la elección directa.

Hay muchas y muy importantes funciones públicas que únicamente pueden ser desempeñadas por personas especialmente preparadas para ellas por medio de una sólida instrucción científica. Confiar la elección de estos funcionarios al voto directo del pueblo sería incurrir en un gravísimo error, de muy funestas consecuencias para la sociedad, pues apreciar los conocimientos técnicos que pueda poseer un individuo es una tarea bastante difícil, para la cual no son nada competentes las masas populares. En estos casos, la elección indirecta, no solamente es más ventajosa, sino que también su aplicación es de imprescindible necesidad; porque, solo confiando la elección de esta clase de funcionarios á un cuerpo selecto de ciudadanos, que sean bastante ilustrados para poder juzgar de las aptitudes de los candidatos, habrá la posibilidad de que tales cargos públicos se provean con algún acierto.

«La elección directa, se ha dicho, refleja de una manera viva y ostentada los movimientos súbitos del pensamiento público, las caprichosas impresiones de la prensa y todo lo que hace prevalecer la parte ardiente y móvil de la opinión sobre sus elementos fijos y reflexivos (1).» Por eso, cuando se quiere organizar una institución política destinada á corregir las veleidades y los extravíos de la opinión pública, á moderar los excesos de la democracia y á dar estabilidad á la política y unidad á la acción de los Poderes

(1) L. de Carné—«Etudes sur l'Histoire du Gouvernement Représentatif», — tomo segundo, pág. 346.

Públicas, como para todo esto es necesario que esa institución represente los elementos fijos, reflexivos y, por consiguiente, moderadores de la opinión pública, solo puede aplicarse el método de elección indirecta, que evita los inconvenientes del método directo, que acabo de indicar, debilitando considerablemente la acción de la multitud en la función electoral.

Estas son las ventajas que ofrece la aplicación del procedimiento electoral indirecto. Niegan, sin embargo, la generalidad de los traductistas, que estas ventajas se realicen en los dominios de la vida práctica y se declaren adversarios de la elección á dos grados, observando que este método electoral, aun cuando la ley lo establezca, no se practica jamás; que los electores de segundo grado reciben siempre mandato imperativo de los electores primarios para votar por determinados candidatos y que, en consecuencia, todas las elecciones son directas y producen idénticos resultados. «A medida que los partidos se organizan y se disciplinan, dice Duvergier de Hauranne, (1) la elección á dos grados no concluye por confundirse con la elección directa?— Los electores de segundo grado, no recibirán mandatos imperativos que reducirán sus funciones al cumplimiento de una formalidad maquinal, al depósito material de un boletín de voto delatado de antemano por los mismos que los han elegido?— Para qué serviría entonces la elección á dos grados? El único mérito de este sistema consiste en permitir que los electores se reúnan, se pongan de acuerdo, discutan las cuestiones políticas del día y aprecien libremente los méritos de los diversos candidatos. Para qué esta discusion contradictoria, este cambio de opiniones, este acuerdo previo, si cada uno está ligado de antemano por órdenes formidantes de sus comitentes y llega al colegio electoral, no solamente con una opinión formada, sino que también con una misión formal que cumplir?» En comprobación de estas observaciones, citan los adversarios de la elección indirecta muchos ejemplos prácticos, tales como el de la elección presidencial en los Estados-Unidos en la que, mucho tiempo antes de estar constituidos los colegios de segundo grado en todos los Estados de la Union, los electores primarios ya han designado los candidatos por quienes deberán votar aquellos, y hacen notar al mismo tiempo que el mandato imperativo, ese elemento estralegal agregado al mecanismo de la elección indirecta, lejos de debilitarse, irá adquirien-

(1) «La République Conservatrice» — pág. 227.

do mayor fuerza ó importancia á medida que la actividad política se vaya desarrollando y se fortifique el espíritu público, pues que entonces, interesándose vivamente los ciudadanos en la dirección de los intereses colectivos, no verán satisfechas sus aspiraciones sino ejerciendo la mayor influencia directa posible en la elección de los gobernantes.

Antes de entrar á examinar el mérito de estas objeciones, conviene establecer que las elecciones indirectas pueden verificarse, y se verifican, de dos maneras distintas, para indicar separadamente los medios que, en cada una de ellas, pueden emplearse eficazmente con el fin de impedir que el mandato imperativo se manifieste. La elección en segundo grado puede confiarse, ó á una corporación pública que no haya sido constituida con ese objeto, sino con el de desempeñar otras funciones de carácter permanente, como sucede, por ejemplo, con la elección presidencial en nuestro país, que ha sido confiada á la Asamblea General Legislativa, ó á un colegio, compuesto de un número de miembros más ó menos reducido, y creado con el exclusivo fin de ejercer, por delegación de los ciudadanos, la atribución electoral, como el que se forma entre nosotros en cada departamento para verificar las elecciones senatoriales. Hecha esta distinción, cuya utilidad ó importancia justificarán las subsiguientes observaciones, examinaré en primer término si es cierto que las elecciones indirectas de la primera categoría, en virtud de mandatos imperativos impuestos por los electores primarios á los de segundo grado, pierden siempre su carácter propio y se convierten en elecciones directas.

Estudiando los efectos que esta clase de elecciones indirectas produce en nuestro país se pueden observar fácilmente los siguientes hechos: en las elecciones presidenciales que, como se sabe, están confiadas á la Asamblea General Legislativa, los electores de segundo grado reciben siempre mandatos imperativos; los senadores y representantes son elegidos teniendo principalmente en cuenta su calidad de electores presidenciales, y con el compromiso de votar por determinados candidatos; y de esta manera, no solamente la elección indirecta se desvirtúa por completo, sino que, al mismo tiempo, se constituye pésimamente el Poder Legislativo, pues sus miembros son elegidos prescindidos de las aptitudes que puedan tener para desempeñar el cargo de legisladores. Por el contrario, en la elección de miembros del Tribunal Superior de Justicia, que también es hecha por la Asamblea General Legislativa, proce-

de esta con entera independencia, no recibiendo jamás del pueblo el mandato imperativo de votar por determinados candidatos. La observación de lo que á este respecto ocurre en otros países suministra datos idénticos. En los Estados-Unidos y en la República Argentina, por ejemplo, el Senado Federal es elegido por las Legislaturas de los Estados ó Provincias, y mientras en aquel país la elección es realmente indirecta, no influyendo para nada en ella los electores primarios, en éste solo se llevan á las Cámaras Provinciales individuos que se comprometen á votar, en las elecciones senatoriales, por candidatos determinados. Quiere decir pues que, en las elecciones indirectas en que el colegio de segundo grado es una corporación pública constituida principalmente con el objeto de desempeñar otras funciones de carácter permanente, el hecho, afirmado por sus adversarios, de que pierden siempre su carácter propio y se convierten en elecciones directas, no es un hecho general y constante, pues que, en muchos casos, los electores de segundo grado votan con entera independencia.

No obstante, como es innegable que hay también casos en que las elecciones indirectas de esta clase se desnaturalizan por completo y se convierten en directas; y como entonces, al mismo tiempo que no se consiguen las ventajas que de este procedimiento electoral se esperan, se sacrifica inútilmente la buena organización de las corporaciones públicas que ejercen las funciones de colegios electorales de segundo grado, es necesario averiguar por qué motivo un mismo método electoral produce resultados tan opuestos, á fin de establecer un criterio seguro para determinar cuando y en qué condiciones puede dar buenos resultados su aplicación.

Es notorio que en nuestro país, la elección de Presidente de la República es la que más vivamente interesa á todos los ciudadanos, y que, por esta razón, no llevan al Poder Legislativo sino á las personas que voten por el candidato presidencial de su preferencia, aun cuando comprendan que procediendo así eligen Cámaras Legislativas ineptas para el desempeño de sus importantísimas funciones. Es también indudable que mira el pueblo al Poder Legislativo con mucho más interés que al Poder Judicial y que, por este motivo, al elegir sus representantes, para nada tienen en cuenta la circunstancia de que éstos son también electores de miembros del Poder Judicial. Si en la República Argentina la elección del Senado Nacional, por efecto del mandato imperativo que reciben las Cámaras Provinciales, es en realidad una elección directa, mientras

que en los Estados-Unidos las Legislaturas de los Estados ejercen con toda independencia esa misma función electoral, conservando así su carácter indirecto, esa diferencia de resultados se explica por la distinta importancia que en cada uno de esos pueblos tienen los gobiernos locales. En la Confederación Argentina las funciones legislativas están casi completamente confiadas al Congreso Nacional; corresponde exclusivamente á este dictar los Códigos Civil, Comercial, Penal, etc. que han de regir en todo el país. El Poder Legislativo Provincial tiene una esfera de acción muy limitada y muy subalterna. Por eso, como tiene mucha más importancia para los ciudadanos la elección del Senado Nacional que la de las Cámaras Provinciales, al elegir el personal de éstas solo buscan electores senatoriales y no personas aptas para el desempeño de las funciones legislativas. En la Unión Norte Americana sucede lo contrario porque, como las Legislaturas de los Estados tienen atribuciones muy importantes y una esfera de acción casi ilimitada, y el Congreso Federal solo legisla sobre objetos limitadísimos, los ciudadanos se interesan más por la elección del Poder Legislativo del Estado en que residen, que por la de miembros del Senado Federal.

Todas estas observaciones demuestran pues, que, cuando la corporación pública que ejerce las funciones de colegio electoral de segundo grado tiene menos importancia para los ciudadanos que el funcionario cuya elección se le confía, el método indirecto se desnaturaliza completamente y no es en manera alguna aceptable, pues además de no ofrecer ventajas de ningún género, tiene gravísimos inconvenientes; y que en el caso contrario, conserva su verdadero carácter de elección á dos grados, permitiendo entonces que con su aplicación práctica se obtengan buenos resultados. Luego, pues, para determinar cuando esta clase de elecciones indirectas puede aplicarse ventajosamente es necesario adoptar este criterio: la corporación pública que ejerza las funciones de colegio electoral de segundo grado, debe tener más importancia ó interesar más vivamente á los ciudadanos que el funcionario á elegirse.

Bajo estas condiciones, la elección indirecta no puede dejar de producir excelentes resultados. Stuart Mill, á pesar de ser partidario de la elección directa, ha juzgado el método electoral de que me ocupo en los siguientes términos: « El caso en que la elección á dos grados da buenos resultados prácticos, es aquel en que los electores no son elegidos únicamente como tales, sino para desempeñar también otras funciones importantes, pues así dejan de ser

elegidos tan sólo para emitir un voto particular. Una institución americana, el Senado de los Estados-Unidos, ofrece un ejemplo de esta combinación de circunstancias. Se estima que esta asamblea, la cámara alta, por decirlo así, del Congreso, no representa al pueblo directamente, sino á los Estados, y debe ser el defensor de esa porción de sus derechos soberanos á que no han renunciado. Como la soberanía interior de cada Estado es, por la naturaleza de una federación igual, igualmente sagrada, cualquiera que sea la extensión ó la importancia de un Estado, cada uno envía al Senado el mismo número de miembros, ya sea el pequeño Delaware ó el Estado-Imperio de Nueva York. Esos miembros no son elegidos por el pueblo, sino por las legislaturas de los Estados, que proceden de la elección popular. Pero, como todas las tareas ordinarias de una asamblea legislativa, la legislación interior y el control del Ejecutivo, corresponden á esas corporaciones, son ellas elegidas teniendo más en cuenta el pueblo estas funciones que la de elegir senadores; y así, al nombrar dos personas para que representen al Estado en el Senado Federal, proceden generalmente por inspiración propia. Las elecciones hechas de esta manera han dado excelentes resultados, y son evidentemente las mejores de todas las elecciones en los Estados-Unidos, pues el Senado está invariablemente formado por los hombres más distinguidos, entre los que se han hecho conocer suficientemente en la vida pública. Después de este ejemplo, no puede decirse que la elección popular indirecta no es jamás ventajosa. Mediante ciertas condiciones, es el mejor sistema que se pueda adoptar.» (1)

En cuanto á las elecciones indirectas verificadas por medio de un colegio formado con ese solo objeto, la objeción que vengo examinando es perfectamente fundada. El mandato imperativo se manifiesta invariablemente en ellas y las convierte en verdaderas elecciones directas; lo que sucede en las elecciones presidenciales en los Estados-Unidos y en las senatoriales en nuestro país, se verifica también en todas las demás elecciones de este género. Deberá entonces rechazarse en absoluto este procedimiento electoral? No creo que sea posible adoptar esa medida sin graves peligros para la buena organización de los Poderes Públicos. Esta clase de elecciones indirectas tiene en algunos casos que ser aplicada necesariamente, como lo demostraré cuando me ocupe de la organización de

(1) John Stuart Mill — "Le Gouvernement Représentatif", pag. 220.

ciertas instituciones políticas, y en consecuencia, lo que debe hacerse es buscar los medios de impedir que los electores primarios puedan desnaturalizarla por medio del mandato imperativo.

Creo firmemente que se anularían los efectos del mandato imperativo, conservando, por consiguiente, el método indirecto su verdadero carácter, si se adoptasen los siguientes medios:

1.º Que los electores de segundo grado sean elegidos por medio de un sistema que dé representación proporcional á todos los partidos ó agrupaciones de electores primarios. 2.º Que el colegio electoral de segundo grado no esté formado por un número muy reducido de miembros; y 3.º que un candidato no pueda resultar electo sino reuniendo, por lo ménos, la mitad más uno de los votos de todos los miembros del colegio de segundo grado.

Eligiéndose el colegio electoral de segundo grado en la forma que acabo de indicar, todos los partidos, ó todas las agrupaciones electorales, estarían en él representados proporcionalmente á su importancia numérica; y como en todas las sociedades que practican las instituciones libres los ciudadanos están divididos en varios partidos y ninguno de ellos constituye, por regla general, la mayoría absoluta del país, resultaría que, en el seno del colegio electoral, cada fracción política solo contaría con un número de miembros menor del que es necesario para formar mayoría absoluta. Si en un departamento de la República, por ejemplo, se eligieran los electores de senador por medio de un sistema proporcional, y tomaran parte en la votación Nacionalistas, Constitucionalistas, Blancos y Colorados, ninguno de estos partidos conseguiría la elección de la mitad más uno de los miembros del colegio de segundo grado, porque ninguno está formado por la mayoría absoluta de los ciudadanos de este país. Pero, para que en el colegio estuvieran representados proporcionalmente todos los partidos, sería también necesario que el número de sus miembros no fuese muy reducido, pues cuanto mayor él fuera, menor sería la suma de votos requerida para elegir un candidato, y más probabilidades tendrían, por consiguiente, las pequeñas agrupaciones electorales de elegir uno ó más miembros del colegio de segundo grado. Ahora bien; constituido en esta forma el colegio de segundo grado, aún cuando todos sus miembros hubiesen recibido, al ser elegidos, mandato imperativo de los electores primarios para votar por determinados candidatos, ningún efecto tendría esa imposición si se estableciera que un candidato solo puede resultar electo reuniendo, por lo ménos, la mitad más uno de los votos

de todos los miembros del colegio. Con un ejemplo será más fácil la demostración de esta verdad. Supóngase que en el departamento de Montevideo debe formarse por elección popular, y empleando un sistema proporcional, un colegio electoral compuesto de 25 miembros. Verificada la elección, cada partido político obtiene el siguiente resultado:

El partido Nacional elije.	10	miembros del Colegio electoral.
El partido Constitucional	4	» » »
El partido Blanco	3	» » »
El partido Colorado	8	» » »

—
25

Instalado el colegio, cuya misión es, por ejemplo, la de elegir un senador, los diez miembros nombrados por el partido Nacional votan por el candidato A, que les ha sido impuesto por los electores primarios; los cuatro nombrados por el partido Constitucional votan por B, en virtud de mandato imperativo que han recibido; y por razón idéntica, los tres miembros elegidos por el partido Blanco votan por C, y los ocho del partido Colorado por el candidato D. Pero, como se necesita mayoría absoluta de votos para que un candidato resulte electo, y como esa mayoría, que está representada por 13 votos en el presente ejemplo, no ha sido obtenida por ninguno de los cuatro candidatos impuestos por los electores primarios á los de segundo grado, se ven éstos en la imprescindible necesidad de abandonarlos y de votar por otros hasta que consiga alguno, por lo ménos, la mitad más uno de todos los votos. Y como este resultado solo puede obtenerse á condición de que un candidato sea aceptado por un número suficiente de miembros del colegio que pertenezcan á distintos partidos políticos, la elección sería generalmente muy acertada y ventajosa, pues los grupos más numerosos de electores de segundo grado, para atraerse las minorías que existieran en el seno del colegio, levantarían las candidaturas más aceptables, produciéndose así entre aquellos una especie de competencia sumamente provechosa. De modo, pues, que verificándose en esta forma la elección indirecta, al mismo tiempo que se anulan los efectos del mandato imperativo, se consiguen excelentes resultados.

Enumeradas todas las ventajas que ofrece el método de elección indirecta, debo ahora indicar sus defectos. « Ofrece muchas más fa-

cilidades para la corrupción, dice Lord Brougham (1), un colegio electoral de reducido número de miembros, que el cuerpo entero de los electores. Cuando la masa de los ciudadanos elige un pequeño número de individuos para que ejerzan exclusivamente la función de elegir otros á su vez, éstos se convierten en el objeto de todas las tentativas de corrupción. Es evidente que los electores de segundo grado son generalmente personas ménos dignas de consideración que las que hubiesen sido directamente elegidas como representantes, pues el cargo que se les confía es inferior á éste y requiere ménos capacidad. Por otra parte, sus funciones son temporarias y la responsabilidad que les incumbe no es grave, por lo mismo que no tiene casi duración. En virtud, pues, de esto, los electores de segundo grado están espuestos á todo género de tentaciones y son poco capaces de resistir á ellas. — « Pero no es este solo el inconveniente, agrega otro autor (2). Otro más grave nace de la adopción de este sistema. Los que tienen las cualidades requeridas para ser electores de la segunda categoría, y que saben que, designados para ejercer el sufragio en este segundo grado, pueden servirse de él para promover sus intereses particulares, se esforzarán en corromper á los sufragantes de la primera categoría en cada localidad, para que los designen á ellos para la segunda. Se crean así esos intereses que Bentham llama siniestros, y dan una tendencia aviesa á los actos de los que están encargados de ellas. »

Al ocuparme de la elección directa, indiqué ligeramente otro de los defectos del método indirecto. Observé que, como la elección á dos grados reduce la misión de los electores primarios á designar simplemente las personas que deben elegir los funcionarios públicos, no era posible esperar que función tan insignificante sirviera para avivar el espíritu público y para desarrollar la inteligencia política de los ciudadanos, por cuanto ni interesaba á éstos en el movimiento político de la sociedad, ni les colocaba en condiciones de tener que preocuparse de las cuestiones políticas, ni de los hombres públicos para poder desempeñarla. Y este es uno de los más graves inconvenientes que tiene la aplicación del procedimiento electoral indirecto, pues que, como ya se ha dicho, las instituciones políticas no solamente deben responder al fin directo y primordial de su organización, sino que, al mismo tiempo, deben ser una verdadera

(1) "De la Democratie et des Gouvernements Mixtes", pág. 79.

(2) Florentino Gonzalez— "Lecciones de Derecho Constitucional", pag. 127.

escuela de educacion política y de virtudes cívicas para los miembros de la sociedad.

Tales son las ventajas y los inconvenientes que ofrecen los métodos electorales directo é indirecto. Al ocuparme especialmente de la organizacion de cada una de las ramas del Poder Público estableceré cuál de ellos debe ser aplicado con preferencia, teniendo en cuenta las precedentes observaciones.

Cartas íntimas sobre la América del Norte

TRADUCIDAS Y ANOTADAS

POR DON AGUSTIN DE VEDIA

(Continuacion)

Fuí en la noche á la comida del presidente. Nos sentamos á la mesa á las siete y nos levantamos á las diez! Qué jornada! Como la comida era para mí, me tocaba el puesto de honor, aunque todo el cuerpo diplomático estaba presente; es una atencion que se tiene aquí con los que llegan. Cuando se anunció la comida, el presidente me tomó del brazo y me condujo al comedor, bellissima habitacion, bien adornada, donde me hizo sentar á su derecha. La mesa de cuarenta cubiertos, hubiera podido bastar para ciento veinte convidados. El servicio, para la América, era selecto y la comida buena. — El cocinero francés refirió á mi ayuda de cámara un hecho curioso que es el siguiente: desde hace algunos meses, la eleccion del presidente es la gran cuestion á la órden del dia; preséntanse sin cesar en su casa personas que vienen sin cumplimiento á pedir de almorzar y de comer, y que amenazan votar contra él si no se les atiende. El cocinero dice que pasa todas las penas del mundo para contentarlos, y que le devuelven á veces lo que les sirve, pidiendo otra cosa, á pretesto de que es malo; con ese motivo, mi ayuda de cámara decia gravemente: «Parece que no es muy agradable ser presidente!»

M. Van Buren ha estado amabilísimo conmigo; me dijo que permanecia todas las noches en su casa y que le complacería verme á menudo. Es viudo con cuatro hijos; el mayor es casado; su esposa ha ido á tomar los baños. M. Van Buren, hijo de un tabernero, y que ha sido él mismo buhonero, ha adquirido hábitos de una manera asombrosa; es culto, y tiene cierta soltura que le hace superior, como hombre de mundo, á aquellos compatriotas suyos que he visto hasta aquí.

Se hallaban en esa comida, además del cuerpo diplomático, los miembros del gabinete, los jefes de la alta administración y varios senadores de la oposición, entre otros M. Clay, que es su jefe (1). Conocí á M. Woadbury, ministro de marina: *insignifiant*; y á M. Poinsett, ministro de la guerra, que me agrada bastante; conoce la Europa y habla bien francés; le prefiero infinitamente á M. Forsyth, chocarrero, y difícil en los negocios, según se dice.

La noche estaba magnífica, y el cuadro que se desarrolla delante de la casa del Presidente, espléndido bajo los plateados destellos de una admirable claridad de luna; el cielo ostenta en este país una pureza desconocida en nuestro hemisferio.

XXIV

Washington, 12 Julio 1810.

Asistí ayer en casa de M. Bodisco á la más estúpida comida del mundo, ó hice allí probablemente una figura muy tonta. — Invitados para las siete, nos sentamos á la mesa á las ocho, después de haber visto al dueño de casa entrar y salir varias veces, como si preparase él mismo la execrable comida que tenía la bondad de ofrecernos. Nos amontonó en seguida, en número de treinta y seis, en un pequeño comedor donde nos sofocamos hasta las once de la noche. Estaba yo sentado entre madame Forsyth, que me hablaba inglés, y su hija, madame Shaaff, que me hablaba francés: las dos al mismo tiempo! Yo estaba demasiado contrariado para hablar una lengua cualquiera. — Esa comida era el complemento de lo ridículo: la mesa, un verdadero almacén de porcelanas, de cristales y de bronce sin valor alguno ni buen gusto, ostentados como adornos, y que en su mayor parte no tenían ningún objeto de utilidad. Los convidados se burlaban sin escrúpulo del dueño de la casa y cada uno compadecía á la desgraciada niña convertida en esposa de ese feo anciano.

Habiendo agotado todo lo que traje de lectura para mi viaje de París aquí, rogué á M. de Montholon que me prestase un libro y me trajo el viaje á América de M. de Chateaubriand, que se em-

(1) Hecho digno de ser observado ó imitado, en los pueblos donde la política abre abismos insalvables entre el Poder público y los partidos de oposición, destinados á no encontrarse jamás, ni en el terreno neutral de las más grandes ó de las más inocentes aspiraciones nacionales!

N. del T.

barcó en Saint-Malo, el 6 de Mayo de 1791, con los cinco sulpicianos fundadores del establecimiento que visité últimamente. La obra no tiene gran valor como viaje, y estaría inclinado á creer con M. de Toqueville, que me lo ha dicho, que M. de Chateaubriand no ha visto todos los sitios que describe, y particularmente el Mississipi, del que traza tan pomposos cuadros.

Me apersoné á la casa de M. Miollet, y no lo hallé. Es el hombre con quien más cuento aquí, aunque no haya cambiado sinó un saludo, en la calle, con él. Matemático y astrónomo, era, en el Observatorio de París, rival de M. Arago; abandonó la Francia durante la revolución de Julio, según unos, por opinión, según otros, por quebranto de fortuna; como quiera que sea, se retiró á los Estados-Unidos, donde ha adquirido mucha consideración; ha ejecutado trabajos importantes para el gobierno americano y nadie conoce mejor que él este país, que ha recorrido en todas direcciones, viviendo en los bosques, en medio de los indios. Se lo oye con el mayor interés. Esto es lo que se refiere al sábio: el hombre es estimado aún en más alto grado: modesto, sencillo, cortés, todos ambicionan tenerlo por amigo en la vida y por guía en los negocios; en una palabra, goza de una gran reputación y de una estimación escepcional.

Anoche fui á ver á Fanny Elssler, bailar la *tarantela* y la *cachucha* (1); bailó admirablemente y fué aplaudida con frenesí.

Conversando esta mañana con M. de la Fosse, de M. de Chateaubriand, me dijo haber visto una carta muy singular de *ese gran génio*, toda ella de su mano, firmada y dirigida á M. de Talleyrand, que se hallaba entonces en el congreso de Viena, escrita, por consiguiente, entre el mes de Octubre de 1814 y el mes de Marzo de 1815. — En esa carta, bastante estensa, M. de Chateaubriand se quejaba de la marcha del gobierno, pero sobre todo, de la ingratitud de ese gobierno á su respecto, y anunciaba la intención de entrar al servicio de una potencia extranjera como diplomático, creyendo que ese medio le sería más eficaz para hacer fortuna. A esta carta estaba unida la respuesta de M. de Talleyrand, muy

(1) El orijinal dice: *la tarentule*, cuya traducción es *la tarántula*. Suponemos que se ha querido hablar de la *tarentelle* ó *tarantela*, baile italiano que tiene su origen en la ciudad de Tarento, donde, como en Sicilia y en otras ciudades italianas, ha estado y está aún en voga. — En cuanto á la *cachucha*, es un baile español que se ejecuta acompañándose de castañuelas, al son de una música graciosa, viva y apasionada.

N. del T.

breve, escrita de su puño; más bien un simple acuse de recibo, sin hacer mención del anunciado proyecto de entrar al servicio de una potencia extranjera. M. de la Fosse, que halló esas cartas leyendo la correspondencia del congreso de Viena, cuando estaba empleado en el ministerio de Negocios extranjeros, en 1835, consideró la de M. de Chateaubriand tan extraordinaria, que la mostró á uno ó dos de sus jóvenes compañeros y la llevó en seguida á M. de Viel-Castel, que ignoraba su existencia y se manifestó sorprendido al conocerla; M. de Viel-Castel era quien tenía á su cargo el volumen en que se hallaba esa correspondencia. Algunos días después, queriendo M. de la Fosse continuar el exámen de las piezas contenidas en aquel volumen, buscó la carta para volver á leerla; había desaparecido. Supuso entonces, y cree todavía hoy, que M. de Viel-Castel, que había cultivado relaciones con M. de Chateaubriand, le haya devuelto esa carta, ó la haya conservado para sí como pieza curiosa.

XXV

Washington, 17 Julio 1840.

Anteayer comí en casa de M. Forsyth: pimienta, salsas picantes de mil perfumes americanos, y calor atroz! Aquí la hora habitual de las comidas es la de las cuatro, pero cuando se invita á alguien, no se come sino á las siete, por *fashion!* El servicio en una comida de ceremonia se hace muy lentamente, por falta de un número suficiente de criados, y el resultado de eso es que se pasan tres y cuatro horas en la mesa. Yo estaba en el puesto de honor, al lado de la dueña de casa, teniendo á su hijo político del otro lado; estoy deseoso de dejar mi papel de debutante, para poder estar más á mi gusto en algun rincón oscuro de la mesa.

Os escribo al fin, desde mi casa; me encuentro muy mal en ella; carezco de mil cosas necesarias, pero desconocidas aquí; mi casa es una jaula de loro; todas están edificadas bajo el mismo modelo incómodo y desairado; con todo, me hallo *at home*, y me considero feliz con haberme emancipado de esa odiosa vida de posada.

Ví ayer á madame de Montholon, que acaba de levantarse después de su alumbramiento; su rostro más bien dulce que lindo, está ya ajado, como el de todas las jóvenes americanas, y no tiene veinte años.

Fuí también á ver al presidente, que parece preocupado; proba-

blemente tiene malas noticias de su elección. M. Pageot, que abandona hoy á Washington, se ha despedido de él.

Fanny Elssler vino á mi casa cuando yo había salido; continúa dando representaciones seguidas, con furor.

Conocí á un ingeniero civil muy distinguido, M. Robrion, amigo de Michel Chevallier, quién me había dado una carta para él; reside ordinariamente en Filadelfia.

Empiezo á arreglar los libros de la cancillería; todo esto está en muy mal estado, y quisiera dejar los archivos en el orden en que puse los de Lóndres y de Carlsruhe.

XXVI

Washington, 18 Julio 1840.

Vengo de ver á Fanny Elssler, que se ha echado una especie de dueña, sin la que podría pasar, pues la pobre está demasiado destruida para tener necesidad de una persona que inspire respeto. Hago mal en llamarla pobre, pues hace aquí negocios soberbios, tanto que, al saber que se ha roto su compromiso con la Opera de Paris, por el retiro de M. Duponchel, está muy inclinada á pasar un año en América; en ese caso, iría este invierno á Nueva Orleans y á la Habana, donde embolsaría tanto dinero como pudiese. Figuraos que ha sido presentada en forma al presidente como á todos los ministros reunidos para recibirla. Me parece esto una completa ridiculez! Está encantada de la acogida que todo el mundo le hace, y dice con bastante gracia que lo que más le ha sorprendido es hallar en M. Van Buren maneras tan distinguidas como las del príncipe de Metternich.

En una comida en casa del ministro de Bélgica, vi á M. King, senador por el estado del Alabama y vice-presidente del Senado; M. Colhoun, otro senador, y en fin, M. Gilpin, attorney general.

Conocí también al excelente y notable M. Miollet, cuya conversacion es un libro que encanta hojear; ha pasado cuatro años entre los Indios, y habla de una manera interesantísima de esas poblaciones desgraciadas.

XXVII

Washington, 21 Julio 1810.

Fuí esta mañana á despedirme de Fanny Elssler, que parto para Baltimore; me refirió el estado de sus amores. M. de la Valette es el amante favorecido, pero como se halla en Pau en este momento, no tengo confianza en su fidelidad. Antes de partir, la habia recomendado él á un Americano de sus amigos, M. Wickoff, que la ha acompañado en Estados- Unidos y la sigue á todas partes. Fanny me habló de la Valette como de su amante, y de Wickoff como de su amigo; todo lo he tomado á lo sério.

Estuvo ayer dos veces en el Congreso; la sesion continuó toda la noche y termina hoy. Tiemblo de que no acabe muy bien para nosotros: el gobierno ha propuesto un bill en cuya virtud nuestras sederías libres de derechos hace algunos años en este país, pagarían diez por ciento de importacion. Si pasa ese bill, me habria tocado un malísimo estreno en la mision que traigo, aunque he llegado hace tan corto tiempo que no puede acusárseme de negligencia.

XXVIII

Washington, 23 Julio 1810.

Asistí á la clausura del Congreso, cuya sesion terminó definitivamente sin que fuese adoptado el terrible bill contra nuestras sederías, pero lo será sin duda alguna en la próxima sesion.—Acabo de escribir un largo despacho para dar cuenta de todo lo que he podido recoger, y anunciar mi proyecto de viaje durante dos meses. M. de la Fosse me espresó el desco de no acompañarme en mis escursiones y parto solo.

Recibí hoy mis primeras cartas de Europa, despues de esperar cincuenta y siete dias.

XXIX

Filadelfia, 26 Julio 1810.

Partí ayer de Washington por el *railroad* que me trasportó en tres horas á Baltimore, donde Fanny Elssler daba una representacion; dícese que esta hermosa se ha casado con M. Wickoff. Seria

un excelente *match* para ella; es cierto que es un bastardo, pero cuenta sesenta mil libras de renta—Llegué aquí temprano y sigo viaje mañana.

XXX

New-York, 23 Julio 1810.

Estoy en una ciudad que no me agrada; hago lo que no me divierte, y me hallo instalado en un apeadero donde me fastidio.

Pascaba en la tarde de ayer por las calles de esta ruidosa ciudad, y me encontré con una procesion de más de mil demócratas, es decir, partidarios de M. Van Buren, que clamaban en altas voces, obstruyendo las calles. Me escapé hácia la batería, en la esperanza de admirar la puesta del sol en el mar. Apenas habia llegado allí cuando se promovió una disputa entre algunos hombres vestidos como *gentlemen*, pues todos se visten aquí del mismo modo. Eso no les impidió asirse de los cabellos y batirse como mozos de cordel, que eran sin duda; se formó un gran tumulto, y me apresuré á huir de ese ruin espectáculo.

Mañana iré á New-Brighton, en frente de New-York, para pasar dos ó tres dias con M. y madame Pageot hasta su partida para Europa; se llega allí por agua en una media hora.

XXXI

New-York, 29 Julio 1810.

Statten Island, donde estamos instalados, que se llama el Pabellon de New-Brighton, sería aun en Europa un magnífico establecimiento; no he visto, en ninguna de las *watering places* que he visitado, nada semejante; es una série de lindísimos pabellones edificados en la playa, en frente de New-York, y desde los cuales se goza de una admirable vista sobre la bahía. Los salones, comedores y dormitorios son muy cómodos; la alimentacion buena; solo la *sociedad* es mediocre. He hallado sin embargo algunas relaciones asequibles; se me presentó á la señora de Argai, esposa del ministro de España, que tiene cuarenta años, cuyos ojos negros son todavía muy hermosos; se la tiene por hábil, intrigante y espiritual; pasa el verano aquí con sus hijos, pero el invierno tendrá casa abierta en Washington; su marido es sobrino de Alava. Hay tambien un general Alvear, ministro de la República de Buenos

Aires y encargado de negocios del Brasil. (1). He paseado algunas horas por la playa con M. y madame Pageot, en una noche estrellada que no conocen los Europeos. Madame Pageot, ambiciosa como una Americana, deplora sobre todo el aplazamiento que experimenta la carrera de su marido; ella es la que le hace presentar su renuncia, proponiéndose hacer de él un diputado de la oposicion.

XXXII

New-Brighton, 31 Julio 1840.

Apesar de la belleza del sitio, esta vida desordenada de los baños, me es odiosa. Esos rostros desconocidos, los niños que chillan en toda la casa, las misses que tienen furor por tocar el piano, todo esto constituye una batahola y un movimiento, en mi concepto, apenas soportables. Fuimos ayer, despues de la comida, á dar un paseo en carruaje, M. y madame Pageot, M. de Menon y yo; seguimos la orilla del mar hasta el telégrafo que señala la arribada de los buques que vienen á New-York. — La vista desde ese punto es admirable; á la izquierda el paraje llamado *Cuarentena*, donde una veintena de buques de carga, al ancla, venidos del mediodia, esperan su permiso para entrar; en frente, la isla de Long Island, poblada y subdividida; en medio del mar, el fuerte Hamilton, que defiende la entrada de la bahia; á la derecha, la alta mar; á nuestra espalda la isla de Statben Island, en la que se hallan el pabellon de New-Brighton y una infinidad de poblaciones y de casas de campo; todo eso rodeado de vegetacion.

El género de vida que llevan los Americanos en un paraje como este, es realmente singular: — las mujeres permanecen en sus habi-

(1) Causa extrañeza la confusion que se nota en este punto, y que talvez se explique por una simple omision tipográfica. Se alude al general argentino don Carlos M. de Alvear, nombrado Ministro en Estados-Unidos por el gobierno absoluto de don Juan M. de Rosas, en Mayo de 1838, con el probable designio de alejarse del país. — Se lee á este respecto en el Diccionario Biográfico Nacional de los doctores Molina Arrotea, Garcia y Casabal: «Partió para su destino (el general Alvear) en un buque sin lastre, lo que hace sospechar que aquel tirano (Rosas) deseaba deshacerse de él. En Washington el general Alvear era el decano del Cuerpo Diplomático y el consejero de sus otros colegas.» — Es claro que el general Alvear no podia desempeñar sinó la mision diplomática que le habia sido confiada por el Gobierno de su país. Completaremos esta noticia diciendo que el general Alvear, falleció en New-York, despues de quince años de residencia en esa ciudad, el 2 de Noviembre de 1853.

N. del T.

taciones durante la mañana; algunos hombres van á sus negocios á New-York; los demás duermen ó juegan al billar; á la hora de comer, en que se reunen ochenta personas, todas se apresuran á terminar, y la comida no dura una media hora; despues, las mujeres vuelven á sus habitaciones hasta la hora del té, y en este intervalo, los hombres van á beber, fumar y jugar, en especies de cafés que se llama aquí *bar-rooms*. Y, sin embargo, este modo de vivir no impide á los americanos, ser buenos maridos, en mi opinion; tratan á sus mujeres con atencion; se les cede siempre en todos los lugares, los mejores asientos; en la mesa tienen los mejores platos; todo eso se hace sin afectacion, á título de derecho y no de homenaje; se observa para con ellas una política indisputable, pero sin estudio de las formas.

Cuanto más veo á los Americanos, cuánto más me mezclo con ellos, más difícil me parece juzgarlos, á causa de la variedad de los tipos. El Americano del Norte es muy diferente del Americano del Mediodia; me refiero al norte y mediodia de los Estados-Unidos. El Americano del Norte, el que se llama Yankee, (1) tiene el tipo inglés, al que se une la sagacidad y la habilidad del judío; esa mezcla de altivez, de frialdad y de rijidez británica con la astucia hebraica, hace del Yankee un ser aparte; los Yankces son ingleses en el alma, en despecho del menosprecio que estos tienen por aquellos. Van á Inglaterra á recojer sus gustos; sus costumbres, sus hábitos, sus modas, y hasta sus antipatías contra la Francia y los Franceses. (2) Mucho más civilizados que sus com-

(1) En Europa se designa con el nombre de Yankees á los Americanos del Norte, en general. En la misma Union americana se designa así frecuentemente á los habitantes de la *Nueva Inglaterra* (Maine, New-Hampshire, Vermont, Massachussets, Conneticut, Rhode-Island.) Hay algo de depresivo en ese sobrenombre. Es una imitacion del modo con que los pieles-rojas de algunas poblaciones indias, articulan la palabra *english*, inglés. Un autor contemporáneo analiza así el tipo del Yankee, tal como se le juzga en Europa: «Considerado como tipo, el Yankee es un hombre inteligente é ingenioso, activo, sabio, amante sobre todo de la independencia. En cambio, tiene poco de idealista, de sentimental, de apasionado por lo abstracto. De un carácter vigoroso, ningun obstáculo le detiene; no cuenta sino consigo mismo, cambia facilmente de posicion, persigue la fortuna con ardor, sin ocuparse mucho de lo que sucederá á su vecino. Se le reprocha una fuerte dosis de egoismo y una inclinacion no ménos marcada por la astucia y el engaño; tampoco retrocedería delante de la violencia.»

N. del T.

(2) Es difícil aceptar sin reserva en su última parte el juicio de M. de Baucourt. El mismo se ha encargado de hacer notar los homenajes oficiales y po-

patriotas del sud, admiten fácilmente una aristocracia y todos los géneros de superioridad aceptados por los Ingleses; en lo que se llama los Estados de la Nueva Inglaterra, pocos cambios bastarían para establecer una forma de gobierno enteramente semejante al de la vieja Inglaterra. En los Estados del Sud, por el contrario, las tendencias son francesas, y lo digo con pesar, son malísimas tendencias, en el sentido de que son nuestras inclinaciones revolucionarias las que ellos han adoptado; es lo que prefieren en nosotros. Son vanidosos y celosos de la civilización superior del Norte, que desean anonadar oponiéndole los principios de la democracia radical. Tales son las dos razas distintas, aunque mezcladas, que

pulares que en los Estados-Unidos se han rendido y se rinde siempre espontáneamente á los ilustres franceses que, como La Fayette, fueron en la hora del peligro á ofrecerle el apoyo de su brazo y el prestigio de su nombre, y formaron vínculos de sangre y de fraternidad que no se rompen sin violencia. Esa tradición ha sobrevivido á todo, y se recuerda con amor por franceses y americanos. «La última vez, ha dicho un publicista francés (1861) que la Francia se presentó en América, era para defender allí la libertad amenazada. La Inglaterra era una enemiga, la Alemania suministraba esos Hesienses detestados que hacían la guerra por cuenta de la casa de Hanover; La Fayette, Rochambeau, los dos Lameth, Mathieu Dumas, combatían en Jorkown; la bandera blanca flotaba al lado de la bandera estrellada.»—Si la Francia faltó á esa misión y á aquella tradición, viniendo más tarde á la América (Méjico) á combatir la causa que patrocinó á principios del siglo, no arrojemos esa responsabilidad sobre el pueblo generoso, que protestó contra la política imperial; que ha visto derrumbarse el trono de los Napoleones, y ha buscado su salvación en las instituciones republicanas y en las vías abiertas por los gloriosos fundadores de la democracia americana.

Los Estados del Norte, como los del Sud, por otra parte, no han podido olvidar jamás, y no han olvidado, que la Francia contribuyó poderosamente á favorecer sus destinos grandiosos cediéndoles en 1803 los inmensos territorios de la Luisiana que se extendían desde la embocadura del Mississippi al Océano Pacífico, ó sea desde la Nueva Orleans á la California.

Los recuerdos de la gran lucha de la independencia americana, tan gloriosos para la Francia como para los Estados-Unidos, van á perpetuarse, por último, en un monumento, el más gigantesco que haya salido hasta hoy de los talleres de un escultor, iniciado y costeado por los dos pueblos «asociados para esta obra fraternal como lo estuvieron para fundar su independencia.» En medio de la bahía de New-York, en una isla de propiedad nacional, frente á Long-Island, donde se vertió la primera sangre por la independencia, se elevará una estatua colosal, que tendrá por grandioso marco en el horizonte, las grandes ciudades americanas de New-York, Jersey City, y Brooklin.—De la frente del coloso, compuesto de cobre y hierro, de setenta y un metros de elevación desde su base de granito, brotará la auréola luminosa que proyectará sus rayos en la inmensidad del mar. Será *la estatua de la libertad iluminando al mundo*, y representará también á las puertas del nuevo continente, mirando hácia la Francia, la fraternidad y la unión leñendaria de la patria de La Fayette y de la patria de Washington!

N. del T.

ocupan todo el territorio que se extiende sobre el litoral del Norte al Sud de los Estados-Unidos. Pero hay una tercera raza que se forma en el Oeste, más allá de los montes Alleghany á las márgenes del Ohio, del Mississippi, del Missouri; aquella tiene también un carácter aparte y que sería difícil describir desde ahora; es una composición de emigrados de los Estados del Norte y del Sud, de Irlandeses y de Alemanes. Ella está llamada en mi opinión á ejercer en los Estados-Unidos una influencia superior; á dominar, en algunos años, á las otras dos. Sería difícil decir de antemano lo que llegará á ser, pues se forma hasta ahora de una mezcla demasiado heterogénea, para que pueda adquirirse una idea exacta sobre el particular; pero entre los diversos elementos que pueden y deben desarrollarse, y que ejercerán en superioridad en ella, desde ya creo poder señalar el elemento católico.

Me parece que, en general, todos los que han escrito sobre la América y los Americanos, no han dado al tiempo y á las circunstancias toda la parte que les corresponde. En mi concepto, la raza anglo-americana está encargada de una especie de misión providencial: la de poblar y civilizar este inmenso continente; marcha al cumplimiento de esa tarea sin preocuparse de los obstáculos que se le oponen, y eso es lo que explica las anomalías tan fáciles de observar y de criticar; pero es injusto detenerse en los detalles; no debe verse sino el conjunto, y ese conjunto es grande, magestuoso, imponente!

¿No es imponente, en efecto, ver una población de tres millones, hace sesenta años, y reunida entonces en el litoral del atlántico, alcanzar hoy la cifra de diez y ocho millones, y extenderse muy pronto hasta las márgenes del Océano Pacífico?

El único error de los Americanos es no limitar sus pretensiones al éxito que acabo de señalar, y el de pretender, comparándose á las naciones europeas, reclamar superioridad en todo sentido sobre ellas. Es su gran defecto y el que facilita la tarea de todos los escritores que vienen aquí para censurarlos.

Reasumo todo esto diciendo que admiro al Americano mientras se conserva Americano, y que no puedo dominar una sonrisa de compasión al ver al que considera la Europa como inferior á su país naciente.

XXXIII

New-York, 2 Agosto, 1810.

M. de la Forest me propuso ayer ir á dar el último adios á los Pagot á bordo del *British Queen* que estaba aun en la bahía. Tuvo la simpleza de aceptar, y apenas subimos á ese gran buque, semejante en todo al *Great Western*, en el quo volví á hallar á tres de mis compañeros de viaje que regresaban á Europa, me sentí presa de una emoci6n tan dolorosa, que escapó lo más de prisa que pude, y hoy me hallo todavía bajo la impresion de una tristeza mortal. Positivamente, tengo lo que nuestros soldados franceses llaman «el mal del país.»

En la tarde de ayer, con el fin de sacudir mis *spirits*, fuí á buscar á M. de Menou, y nos encaminamos juntos á casa del viejo M. Gallatin, á quien estaba deseoso de ver, recordando que M. de Talleyrand hablaba frecuentemente de él. Me acogió amablemente; es un hermoso anciano de ochenta años, que ha conservado la plenitud de sus facultades morales. Os acordareis sin duda de su notable presencia, de sus facciones finas y pronunciadas y de su fisonomía llena de distincion. Conversó con una gran facilidad de la Francia, de los negocios pasados y presentes: mucho habló tambien y muy favorablemente, de M. de Talleyrand.

Debo decir á este respecto que lo único que me halaga en este país es la consideracion universal que se tributa á M. de Talleyrand, cuya memoria es honrada en toda oportunidad, no solo por los que le han conocido, sino tambien por los que han oido hablar de él. No es por lisonjear mis propios sentimientos que se espresan así en mi presencia, pues aquí nadie se violenta por nada ni ante nadie. M. Gallatin decia ayer con una gran verdad que uno de los rasgos más notables del carácter de M. de Talleyrand, es el de que, en medio de todos los elementos tan diversos de su vida, se conservó siempre excelente francés, amante de la Francia ante todo y sobre todo; nos citó en apoyo de eso elojio un hecho relativo á la Luisiana que ocurrió durante la residencia de M. de Talleyrand en Estados-Unidos, y por consiguiente, en una época en que estaba desterrado y perseguido por su país.

XXXIV

New-York, 7 Agosto 1810.

Só ahora lo que es una tormenta en América; nuestras tormentas de Europa no pueden dar idea de ello. Tuvimos ayer una que empezó á las once de la mañana y que no terminó sino á las diez de la noche. El trueno, formidable por su ruido y la conmocion que causa, sucedía sin interrupcion á relámpagos semejantes á un inmenso incendio; no había tiempo de reconocerse! El rayo cayó sobre el campanario de una iglesia, sobre dos edificios en el puerto y en una isla cerca de la ciudad, donde mató dos niños. La lluvia torrencial hizo desmoronar varias casas (1).

Fuí estos últimos dias á Paterun, sitio delicioso, donde hay cascadas y una fábrica de armas. Encontré allí á M. de Menou, que me llevó á casa de su amigo M. Colt, propietario de la casi totalidad de la pequeña poblacion de Paterun, que cuenta cinco mil habitantes y treinta fábricas establecidas sobre todas las cascadas de agua del más bello rio del mundo, que ha conservado su nombre del tiempo de los Indios: *the Passaic river*. Prefiero los nombres indios á aquellos con que los americanos han bautizado la mayor parte de sus ciudades, y que han tomado de los tiempos antiguos y modernos de la Europa, tales como Roma, Cartago, Florencia, Siracusa, París, Havre de Gracia, lo que produce el más grotesco conjunto.

M. Colt nos llevó de abordó á la fábrica de armas, donde se hacen carabinas y pistolas segun una nueva invencion muy notable que permite hacer siete tiros en quince segundos sin cambiar de arma (2); despues á una fábrica de telas para velas de buque, á

(1) En los momentos en que traducimos esta carta (Marzo de 1831), reina todavía en Buenos Aires, al Sud, una formidable tempestad que ha causado lamentables estragos. En el Salado ha destruido numerosos edificios y causado dolorosas desgracias personales. Las descargas eléctricas han hecho victimas tambien directamente; la lluvia ha sido torrencial. Es un fenómeno digno de observarse y de compararse, el de las revoluciones atmosféricas, teniendo en cuenta las respectivas latitudes.

N. del T.

(2) M. Samuel Colt, era un coronel de los Estados-Unidos, que hizo su gran fortuna perfeccionando los sistemas conocidos y obteniendo una arma corta de repeticion que fué acogida con gran favor en los Estados-Unidos, donde el uso de las armas es característico del genio nacional. El sistema Colt, que no care-

otra de papel, y por último, á una casita donde se hacen máquinas á vapor. El sitio es pintoresco y encantador; el suelo está cubierto de sauces llorones que humedecen sus ramas en el *pretty* Passaic, de catalpas y de sicomoros; los árboles, de la misma especie que vemos en Europa, no se asemejan en nada á los árboles gigantes-cos que se desarrollan en estas regiones.

Después de haberme presentado á su esposa y á sus hijas y de haberme invitado á comer, M. Colt me comprometió cortesmente á venir á pasar algunos días en su casa.

M. Mollien, nuestro cónsul general en la Habana, se halla aquí actualmente, y sale de mi casa en este momento. Es un viajero célebre que ha visitado el interior del Africa y las dos Américas; reside desde hace seis años en la Habana, y está de tal manera acostumbrado al calor, que se queja del frío, aquí donde uno se sofoca. Me ha hablado de la condesa Merlin, á quien vió reembarcarse para Europa. Antes de salir de la Habana, dió un gran concierto público en el teatro, que es mayor que el de la Opera de París; cantaba para los pobres; á pesar del precio exorbitante de los asientos, el teatro estaba lleno, por curiosidad de parte de los unos, y por obligación de los otros; estando emparentada con ella, toda la nobleza del país, se hallaba forzada á asistir y la entrada se elevó á treinta mil francos. A pesar de esa complacencia, su canto no fué admirado; no se llegó hasta silbarla, pero algunas murmuraciones cubrían á veces sus gritos y sus cadencias temblonas. Su viaje le fué por otro lado favorable; obtuvo de su hermano un reconocimiento de doscientos mil francos y recibió cincuenta ó sesenta mil francos en regalos de su familia. Es un uso antiguo en la Habana el de hacer regalos á una jóven que se casa ó en circunstancias particulares, como la de un largo viaje; todos los parientes, aún los más lejanos, dan entonces oro y alhajas.

M. Mollien hizo un cuadro seductor de la Habana, única colonia que prospera actualmente. Es la más bella joya de la corona de España, y suministra, cada mes, de dos á trescientos mil francos á la reina para sus alfileres. La isla es rica y feliz (1), y al lado de

cia de defectos, fué inmediatamente perfeccionado á su vez, y no es necesario hablar de los progresos realizados en los medios de destrucción, en los últimos años.

N. del T.

(1) La isla es rica, sin duda alguna. En poco más de 100,000 kilómetros de superficie cuenta 1.500,000 habitantes, lo que dá 12 habitantes por kilómetro.

riquezas que permitirían un gran lujo, la vida es allí muy sencilla. El calor impide salir desde las ocho de la mañana á las seis de la tarde, pero como las casas son abovedadas, no se sufre una temperatura abrasadora; están techadas de azoteas, en las cuales se pascan sus habitantes durante las noches frescas y hermosas. Los habitantes se dividen en tres clases: los españoles son poco agradables; los criollos graciosos, y los negros tratados con tanta bondad, que forman, puede decirse, parte de la familia. En Estados Unidos, por el contrario, se les ha embrutecido y degradado por el menoscabo y los malos tratamientos, de manera que son groseros y malos (1).

Su exportación excede de 70.000,000 de pesos fuertes, figurando siempre el azúcar como el artículo más importante. En 1880 la Habana exportó 90,523 cajas, 219,323 sacos y 190,083 barriles de azúcar.

Es difícil admitir del mismo modo que Cuba haya sido ó sea feliz. Periódicamente convulsionada por la guerra interna, provocada por el espíritu de independencia de sus hijos, y sostenida por los refuerzos que manda constantemente el gobierno español, en una lucha sangrienta y destructora, bárbara é inhumana muchas veces, tenemos por avanzada la presunción del cónsul francés, aún en la época á que se remonta, por más que otra fuese la opinión de la reina, que recibía mensualmente trescientos mil francos "para sus alfileres".

Agréguese á eso que la isla de Cuba abriga y conserva en su seno la esclavitud, esa lepra que mancha todavía á algunas sociedades civilizadas, y que degrada tanto á los siervos como á los amos, y se convendrá aún más en que Cuba, "la más hermosa joya de la corona de España", la graciosa perla de las Antillas, ha distado y dista mucho de la suspirada felicidad, difícil de hallar, por otra parte, en ese estado en que los pueblos soportan duros tributos destinados á enriquecer el tocador de las reinas.

N. del T.

(1) Los hechos dicen lo contrario. El pensamiento persistente de la abolición de la esclavitud tiene en los Estados-Unidos una historia hermosa y edificante. En 1787 prohibió el Congreso la esclavitud en el territorio que quedaba al Noroeste del río Ohio. En 1791 se prohibió el comercio de esclavos con las naciones extranjeras; en 1807 se prohibió la importación de esclavos; en 1820 se declaró delito de piratería la trata de esclavos, castigándose con la pena de muerte; en 1862 se abolió la esclavitud, primero en el Distrito de Colombia, luego en los territorios; en el mismo año se emancipó á los esclavos de los Estados insurrectos; en 1861 se sancionó la ley que prohíbe para siempre el comercio de cabotaje de esclavos; en 1865 se hizo la declaración formal de haber sido ratificada la enmienda XIII de la constitución que prohíbe la esclavitud en todos los Estados-Unidos y lugares sometidos á su jurisdicción; en 1866 se confirió y se impuso por ley á los libertos todos los derechos y todas las obligaciones de ciudadanos de los Estados-Unidos; en 1863 se elevó ese principio á precepto constitucional, estableciéndose por la enmienda XIV que todas las personas nacidas ó naturalizadas en los Estados-Unidos, sujetas á su jurisdicción, son ciudadanos de los Estados-Unidos "y del Estado en que residen". Los Estados no podrán, según esa enmienda, sancionar ni hacer cumplir ninguna ley que restrinja las prerrogativas ó inmunidades de los ciudadanos de los Estados-Unidos, ó priven á

XXXV

New-York, 11 Agosto 1840.

Ayer comí en la casa del doctor Berger, con su esposa, su hija, de catorce años de edad, y tres ó cuatro franceses, flor y nata de la colonia francesa, muy numerosa y bastante mal compuesta. Fanny Elsler hizo los gastos de la conversacion; figuraos que en Baltimore, á la salida de una de sus representaciones, los jóvenes de la ciudad desprendieron sus caballos y arrastraron su carruaje hasta su posada. Llega mañana á New-York, y se organiza una serenata monstruo de ciento cincuenta músicos alemanes, que tocarán durante toda la noche bajo sus ventanas, y que serán escoltados por los suscritores á caballo, llevando antorchas. Los americanos pretenden probar por todos esos actos de demencia que tienen tan buen gusto como los europeos y que saben hacer justicia al talento (1).

una persona de la vida, la libertad ó los bienes, sin el debido proceso legal, ni negar á nadie la proteccion igual de sus leyes. Por esa misma enmienda se reduce proporcionalmente la representacion del Estado que niegue ó restrinja el derecho de votar « á cualquier ciudadano varon de dicho Estado », etc. Por esa enmienda se declara tambien que ni los Estados-Unidos, ni Estado alguno en particular, reconocerán ó pagarán ninguna deuda, obligacion ó reclamacion por la pérdida ó emancipacion de los esclavos, deudas, obligaciones ó reclamaciones que deben tenerse por ilegales y nulas. El Congreso no admitió á los Estados separatistas, mientras sus Legislaturas no ratificaran formalmente esa enmienda.—En 1870 se declaró por la Enmienda XV de la Constitucion, que « ni los Estados-Unidos, ni ningún Estado en particular podrán desconocer ó cercenar el derecho de los ciudadanos de los Estados-Unidos á votar, *por razon de raza, color ó condicion anterior de esclavitud.* » El Congreso modificó luego las leyes de naturalizacion, haciendo extensivos sus beneficios « á los extranjeros de origen africano, y á los descendientes de africanos ». Cuando se discutía la última enmienda constitucional, se propuso redactarla en términos que comprendiera el derecho de optar á empleos publicos. La proposicion fué desechada, creyéndose sin duda, segun se ha observado ya, que, teniendo los libertos los votos activo y pasivo, aquella franquicia sería una consecuencia indeclinable de su ejercicio. Todo esto demuestra una tendencia lójica é inalterable á emancipar la raza esclava, á elevar la condicion del negro, y nos ha parecido inconciliable esa tendencia, tan luminosamente comprobada, con la reflexion general de M. de Bacourt, que acabamos de consignar.

N. del T.

(1) No sería más razonable buscar la explicacion de ese entusiasmo en la originalidad propia del carácter americano, que no se violenta por nada ni ante nadie, segun se observa en una carta anterior. Pero muy pronto vamos á ver que M. de Bacourt se encarga de comunicar que *el pueblo americano* no halló de su gusto la serenata ó hizo ir á los alemanes con su música á otra parte.—La observacion cae así por falta de base, pero el crítico francés no

Es necesario tambien que os refiera un rasgo característico que pinta á la nacion en medio de la cual tengo el placer de residir. Al salir, hace algunos dias, de la fonda donde como, llovía, y tomé un cabriolé de plaza, especie de citadina, de dos ruedas; llevaba mi paraguas en la mano y el cochero me rogó que se lo prestase, lo que hice de buena gana, notando, sin embargo, ese pequeño acto de libertad democrática.

Recibí ayer la visita de M. Wickoff, *la hermosa mitad* de Fanny Elsler; venía de su parte á suplicarme que pasase á su alojamiento; fui y la hallé haciéndose pintar; deseaba verme para pedirme mi proteccion cerca de M. Mollien, con quien volverá á encontrarse en la Habana, donde ella cuenta pasar el invierno próximo. No regresará á París sino en la primavera; ha ganado ya ochenta mil francos en tres meses, y ganará ciertamente tres veces más si continúa recorriendo las principales ciudades de los Estados-Unidos. Hay un verdadero furor por ella. Están como fuera de sí cuando baila.

Me ha mostrado una carta del difunto rey de Prusia, escrita hace cinco meses, en la que lo rogaba que fuese á Berlin para que pudiese verla una vez más ántes de morir.

XXXVI

New-York, 15 Agosto 1840.

Estuvo ayer en el teatro del parque á ver á Fanny bailar en la pantomima de la Tarantela, seguida de la Cracoviana. *La bella Elsler*, como la llaman los diarios americanos, bailó muy bien, pero el resto del cuerpo de baile se desempeñó de una manera lastimosa; eran verdaderos payasos cuya sociedad debía serlo perjudicial.

La noche en que debía tener lugar la serenata de los alemanes, mi ayuda de cámara, que quiso oirla, fué á colocarse bajo las ventanas de Elsler con el propietario de nuestra casa, pero el pueblo americano, que no halló de su gusto la serenata, vino con antor-

desmayará por eso, y hallará al caso una interpretacion que supla aquel vicio. Tuvo razon cuando censuró antes, en otra de sus interesantes cartas, la ligereza de aquellos de sus compatriotas que pretendian juzgar á la sociedad americana bajo las primeras impresiones y que naturalmente acababan por condenarlo todo. Tambien es comun incurrir en el mismo defecto que se observa y se critica en los demás.

N. del T.

chas á poner en fuga á los alemanes y á quemar los atriles y la música; así se entienda la libertad en este extraño país.

XXXVII

New-York, 17 Agosto 1810.

En la mañana de ayer, despues de haber recibido la visita de nuestro cónsul, M. de la Forest, que regresó de Filadelfia, á donde habia ido con su hija, madame d'Hauterive, partí con él para Hoboken, poblacion situada en una altura en frente de New-York, donde se halla una hospedería, considerada como un sitio de recreo, en el que residen una treintena de viajeros, con quienes comimos en sociedad; entre ellos, citaré una señora Anderson, bastante linda, que ha residido dos años en Paris; su marido era ahí el Secretario de la Legacion de América; el resto se componia de negociantes franceses y americanos que se habrían instalado en Hoboken por algunas semanas, con sus familias (1).

Despues de la comida, me llevó M. de la Forest á una linda casita, verdadera granja inglesa, un nido de flores, perteneciente á una familia americana que dá hospitalidad en ella á dos hijas de madame F. . . ; esta, sobrina segunda de M. de Seze, es la amiga íntima de nuestro cónsul, y una de sus hijas es la prometida de M. de la Forest hijo, vice-cónsul en Caracas. El padre explica por ese matrimonio la intimidación con la casa F. . . , mientras que la colonia francesa de aquí explica el matrimonio por la intimidación de los padres. Todo eso ha ocasionado mucho escándalo, caricaturas y artículos de diarios; lo que hay de cierto es que madame de la Forest, que ha vuelto hace tres años á Francia, se opono cuanto puede al matrimonio de su hijo con la señorita F. . . Como quiera que sea, tomamos á esas dos señoritas bastante feás, en nuestro carruaje, y dimos con ellas un paseo de doce millas, en un precioso territorio, costcando ya el rio del norte, ya un pequeño rio que se llama el Hackewoi.

Las jóvenes, tan celebradas por su belleza, no tienen aspecto de salud; sus maneras son displicentes; son coquetas en frio, y atraen á los hombres sin disimular su desco de hallar un marido; y sin

(1) Hoboken es hoy una ciudad de 31,000 habitantes. Ha duplicado su población en los últimos quince años. Pertenece al Estado de New-Jersey.

preocuparse al parecer de encontrar en él otra cosa que un asociado. — En cuanto á las señoras, todas están marchitas, ajadas, concluidas, despues de dos años de matrimonio. La señora á quien pertenceo la casa de campo que visitamos ayer, era interesante, segun parece, á los veinte años; tiene hoy veinte y seis y es una espantosa ruina descarnada y barrosa.

Recibimos noticias de Lóndres del 3, por un vapor llamado *Acadia*, que vino de Liverpool á Halifax en doce dias y de allí á Boston en treinta y seis horas. Es muy corto el tiempo, cuando se piensa que hay mil doscientas leguas que recorrer, y muy largo cuando se reflexiona que esa distancia nos separa de la patria.

La guerra entre la Francia y la Inglaterra es aquí el tópico de todas las conversaciones y de todos los artículos de los diarios. Sin atribuirnos precisamente la culpa, se burlan de las fanfarronadas de nuestros diarios que á nada conducen y que ponen en ridículo al gobierno francés. Se agrega que, si hacemos la guerra es por un asunto que no nos interesa sinó mediocremente, arrastrados por ideas caballerescas, sin provecho definitivo. — Los Americanos son hombres positivos, que adhieren á los cuerpos y no á las sombras. Por lo demás, habia observado ya que en este país se hace poco caso de nosotros; aunque se nos dirijan algunas bellas frases de admiración, no se nos ha conservado el menor reconocimiento por los auxilios que la Francia suministró en la guerra de la Independencia; la indemnización de los veinte y cinco millones, pagada hace cinco años, ha acabado de perdernos en su opinión; han visto que podíamos ser engañados siempre.

Lo que hay de singular, es que los Americanos tomen á los ingleses cuyos escritores no cesan de burlarse de ellos, y á pesar de eso, sus gustos y sus inclinaciones los arrastran hácia la Inglaterra. Eso se explica á la verdad por un mismo origen, una comunidad de relijion, de costumbres, de hábitos y de tendencias; pero parece que la revolucion de 1776, la paz de 1783 y la guerra de 1812, deberían colocar una barrera insuperable entre esas dos naciones, si se piensa sobretudo en el menosprecio con que los ingleses tratan á los Americanos (1). Y bien! Los Americanos no

(1) Esas perturbaciones son pasajeras, como las causas que las producen; no tardan en resignarse á sus derrotas, los pueblos que han aspirado á conservar una unidad imposible y una tutela que no consiente la edad viril; es prueba de sensatez respetar lo que es obra de la naturaleza, de la historia y del progreso. Pasa tambien la crítica de las debilidades ó flaquezas humanas. Pero lo que no pasa tan fácilmente; lo que no reivindica siempre la integridad

admiran y no imitan sinó á John Bull (1); inmediatamente que tienen un poco de dinero, quieren tener una casa montada á la inglesa. No debe perderse de vista, por otra parte, que es únicamente en Inglaterra y en Escocia donde pueden hallar medio de satisfacer su vanidad de nacimiento; lo primero que hace un Americano, asegurada su fortuna, es ir á Inglaterra á buscar títulos para probar que descende de tal ó cual familia inglesa, y á su vuelta, hace grabar las armas de esta familia en su vajilla (2). Se nota más do un contraste en esta nocion en su cuna, que pasa por una época de transicion.

de sus derechos, es ese espíritu cuya fuente está en una misma religion, en costumbres, hábitos é inclinaciones comunes, y forma una ley de solidaridad para los individuos y las sociedades, en la sucesion de los tiempos y en las complicaciones de la política y de la historia.—Si es ley que los hombres de una raza, de una lengua, de una tradicion, de una sociabilidad, se constituyan en comunidades independientes para llenar mejor las aspiraciones y los fines de las asociaciones humanas, y esa tendencia irresistible, contrariada en un principio, origina luchas más ó ménos duraderas y sangrientas, que son el único medio fatal de dirimir esos conflictos de los pueblos, la lucha no puede romper en absoluto los vinculos de la sangre y de la existencia colectiva.—Los Estados- Unidos cumplen la hermosa declaracion de la acta de su independencia, cuando, aceptando la separacion, como una necesidad indeclinable, protestaron que considerarian á sus hermanos los ingleses, lo mismo que al resto del género humano: «enemigos en la guerra y durante la paz, amigos».

N. del T.

(1) Se sabe que se designa al pueblo inglés por esa espresion familiar, *Juan el Toro*, que los ingleses toman como el simbolo de su solidez, de su rectitud, de su fuerza y de su bienestar, y que en el extranjero suele usarse, para designar la falta de flexibilidad, de sociabilidad y aún de política, de los hijos de Albion.—Esas personificaciones del carácter popular son comunes. Así se llama *el hermano Jonathan* al pueblo americano, y sobre todo al *Yankee*, aunque este tiene su denominacion propia y especial. El hermano Jonathan «es un ser astuto, activo, vivaracho, un tanto hablador, curioso, bastante bondadoso, pero orgulloso de su libertad y de su nacionalidad.» *El buen hombre Jacobo* designa al pueblo francés: es un personaje «dulce pero malicioso, alegre y ligero, bastante económico; á un tiempo vivo, amante de la novedad y rutinero». Es sufrido, pero «cuando se rompen los diques de su paciencia, sus pasiones, desencadenadas como el torrente que desborda, todo lo derriban á su paso». El *aleman Miguel* personifica al pueblo alemán ó Miguel. Es algo torpe, pero honrado y bueno; no es astuto ni revoltoso; soporta la injusticia en buena dosis. No es su flaco la vanidad; reconoce fácilmente el mérito de otro; es laborioso y económico; si rara vez llega á adquirir grandes riquezas, más raro será que caiga en la miseria.

N. del T.

(2) Nos parece que nunca sentará mejor un escudo de armas ó un título de nobleza, que unido á una fortuna amasada con el trabajo y fecundada con la industria del hombre.

N. del T.

Las mujeres de Shakespeare (1)

POR EL DR. D. LUIS MELIAN LAFINUR

(Continuacion)

IV

El reparto del rey Lear; su cólera salvaje—El remordimiento de sus injustas preferencias—La piedad filial de Cordelia—Las travesuras de las comadres de Windsor—Aventuras galantes de un bufon—El decoro femenino y la tranquilidad de los cerdos—Falstaff dado de baja—Shakespeare, Boileau y Moliere—La persistencia de Helena; su manera de cumplir una cláusula, sin el auxilio divino—Bertram obligado á capitular—Lo que el poeta debe á Helena—Las antipatías de Johnson—Los propósitos de Olivia—Las consecuencias del disfraz de Viola—Reaccion de Olivia contra la iniciativa masculina—La postrer creacion de Shakespeare—Ymogen; su superioridad sobre otras concepciones del poeta—Homenaje á la patria y á la mujer—Ymogen segun Schlegel.

«El génio rudo y salvaje de Shakespeare—dice Villemain—desarrolla una delicadeza desconocida en la expresion de caracteres femeninos. Sus heroínas tienen gracia inimitable y una pureza ingénua que no debiera esperarse de la licencia de un siglo grosero, y de la rudeza de aquel génio viril. Un instinto delicado que lo hace adivinar lo que faltaba á la civilizacion de su tiempo, suplo en Shakespeare, el gusto de que se encuentra á veces desprovisto.»

Estas exactas consideraciones del notable crítico francés, á propósito de nadio vienen mejor que de Cordelia, modelo eximio de piedad filial en la tragedia *King-Lear* (El rey Lear) pieza en que segun Heine «el génio del poeta se ha elevado á las más vertiginosas alturas.»

¿Qué pensamiento deceptivo se ha señoreado del cerebro del viejo Lear para que renuncie á su corona?

¿Hay en el acto de la abdicacion en favor de sus hijas un preludio de la demencia que más tarde lo aquejó cuando la ingratitude

(1) Véanse los números 22, 23 y 26 de los ANALES, correspondientes al 5 de Junio, 5 de Julio, y 5 de Octubre de 1883.

de las dos favorecidas, lastimó á la vez su corazón de padre y su dignidad de rey? ¿Es ese acto solamente el resultado, que él insinúa del cansancio que una larga dominación absoluta, ejerce por lo general aún sobre las voluntades más enérgicas? ¿Es por el contrario, la de Lear, generosa resolución y deseo vehemente de ver por sus propios ojos consagradas reinas á sus tres hijas queridas, en el concepto de que ciñéndoles él mismo regia corona, se dá placer tan grande cual de otra manera no pudiese sentirlo, siquiera fuese agotando los recursos todos de su fecundo amor paternal?

Sea lo que fuere del propósito que persiguiese el viejo rey, el caso es que su abdicación viene á ser el punto de partida de sus gravísimos pesares, de su peregrinación, y de su muerte desastrosa, después de haber presenciado la de Cordelia que, abnegada lo siguiera para dulcificarlo con los halagos de acendradísimo cariño, los últimos días de su existencia desdichada.

El reparto de los dominios de Lear entre Regan y Goneril, las dos hijas que empiezan por ser hipócritas y falsas para concluir muy luego en ingratas, y la desheredación de Cordelia, la más joven de las tres hermanas, la única sincera, la sola que sabía amar á su padre,—constituyen los hechos que abren la tragedia, siendo el comienzo de la serie de desgracias y maldades resultante del error de premiar á los malos en perjuicio de los buenos.

Pero ¿por qué excluye Lear á Cordelia de los beneficios que otorga á las dos hermanas mayores?

Senecillamente porque no sabe la hermana menor mentir. Las falaces afirmaciones y promesas de Goneril y de Regan no dicen bien con la sinceridad de Cordelia. Ella no quiere silenciar que tiene la conciencia de que por ley natural ineludible, hay un momento en que se agita el corazón de la muger para dar entrada á sentimientos nuevos y diversos de los que han vinculado su infancia en las dulces expansiones del hogar paterno. Callar sobre esto punto, fuera nada ménos que recurrir á una ocultación engañosa que no cuadra absolutamente á su manera de ser. Por eso mientras sus hermanas se desatan en protestas de eterno y exclusivo amor al padre que les entrega cuanto tienen, ella que ostina más su ingenuidad que todos los tesoros de la vida, dice á Lear: «Mi buen señor; me habeis dado el ser, me habeis educado y me habeis querido: yo os agradezco estos deberes, y os los devuelvo como corresponde, obedeciéndoos, amándoos y honrándoos. Si es para vos solo todo el cariño de mis hermanas ¿para qué tienen maridos? Quizá

si me casase, el hombre que me diera su mano, llevase la mitad de mi amor, de mi solicitud, y de mi deber. Por esto seguramente no contraeré matrimonio como mis hermanas, para quedar en libertad de consagrar á mi padre todo el amor mio.»

Good my lord,
You have begot me, bred me lov'd me: Y
Return those duties back as are right fit,
Obey you, love you, and most honour you.
Why have my sisters husbands, if they say
They love you all? Haply, when Y shall wed,
That lord, whose hand must take my plight shall carry
Have my love with him, half my care, and duty;
Sure, Y shall never marry like my sisters,
To love my father all.

Por el afecto de su padre, Cordelia como se vé estaba resignada á hacer el sacrificio de su porvenir. Pero era Lear descontentadizo de suyo, hombre de extremos, *Deus aut bestia* de Aristóteles, ó Dios ó fiera, y lejos de sentir aplacada su trombunda cólera, con la renuncia que del matrimonio hacia en su homenaje la hija cariñosa, por el contrario encuentra que es esta «muy poco tierna á pesar de su juventud» en la cual opinión no está Cordelia de acuerdo, que antes se juzga «sincera no obstante sus pocos años».

Lear: — So young, and so untender?
Cordelia: — So young, my lord, and true.

Como este diálogo no podía prolongarse, ni menos concluir bien, y sabido es que la cuerda se corta por lo más delgado, entre el rey furioso y la doncella respetuosa y débil, el partido no era igual. Es así que Lear se desata en improperios contra su hija y contra el viejo servidor de su trono conde de Kent, el cual desinteresadamente y solo por amor á la justicia hizo oír su voz en la querrela abogando por la parte desvalida. Infructuoso fué, no obstante la santidad de la intención, el propósito conciliatorio del conde, como que no lo dió otro resultado que el de tener, por su comedimiento, que participar del destierro impuesto á Cordelia. Es en cuanto á esta de decirse sin embargo, que no lo fué del todo mal en aquel día, que para ella no habían aun comenzado las grandes tribulaciones, exceptuando para hija tan amante, la cruel separación del padre anciano y querido. Otras pruebas esperaban

á su amor filial inmenso, para que peregrinase sus desgracias por la senda eterna del dolor en que hallaría la muerte, despues de mil terribles sufrimientos.

Pero lo que es en el instante de la cólera selvática de Lear, la hija vilipendiada, se encontró con que nadie ménos que el rey de los franceses, lejos se hallaba de participar de la grito que contra ella levantaba el padre enfurecido; por el contrario, el susodicho rey eligió tan angustioso momento para calmar las aflicciones de Cordelia ofreciéndole su mano á fin de consagrarla reina de Francia, procediendo él con más altura que el duque de Borgoña, el cual habría aceptado tambien la mano de la jóven, á condicion empero de que Lear revocase la orden en que la desheredaba injustamente.

Hasta aquí el carácter de Cordelia no brilla sinó por su sinceridad, como que antes prefiriere verse despojada de su patrimonio, que no convicita ante sí misma de proferir palabras que saliesen de sus labios sin haber estado en su corazon. Es cuando sus hermanas Goneril y Regan, procediendo con la más negra ingratitud despojan á Lear de su guardia y lo obligan por dignidad á partir, que ella se hiergue con la auréola de la piedad filial más acendrada. Es cuando encuentra al pobre viejo, — á quien ha salido á buscar expresamente — « tan loco como el mar agitado » (as mad as the vexed sea), cantando á voz en cuello, y coronado de pestíferos yuyos, es entónces que ella arranca de su alma un grito de compasion, y siendo la desheredada y ultrajada ofrece « todo lo que tiene al que sepa curar al pobre anciano. » (He that helps him take all my outward worth.)

El octogenario loco, en medio á sus fatídicas visiones, quería reconocer la pálida figura de Cordelia en aquella mujer noble y generosa que rodeaba de sublimes cuidados su solitaria vejez. Y entónces decia: « sois un espíritu os conozco, ¿cuándo es que habeis muerto? » (You are á spirit, Y know ¿when did you die?) A veces su demencia lo desviaba hacia otros pensamientos, y recordaba la ingratitud inmotivada de sus hijas, y en ella envolvía tambien á Cordelia, si bien suponíendolo algun motivo para ser ingrata. « Yo se — le decia — que tu no me amas; segun mis recuerdos mucho me han ultrajado tus hermanas, y sin razon, tu siquiera tendrías algun motivo. »

Y know you do not love me; for your sisters
Have, as Y do remember, done me wrong:
You have some cause, they have not.

Eso de reconocerlo á Cordelia algun motivo para ser ingrata no es más que un intervalo lúcido en que recuerda el viejo Lear su inusitado rigor implacable con la hija más pura y más amante: Es el remordimiento que brota de la conciencia, imponiéndose un instante á ese cerebro desorganizado que ha tenido necesidad de desequilibrarse bajo el peso del infortunio para adquirir el reposo en que se nutre, bien que fugazmente, un tardío pensamiento de reparacion y de justicia.

Cordelia no acepta, empero, ni necesita, ni desea, las justificaciones del anciano. Pero ya en él se ha fijado la nocion del arrepentimiento, por lo que hizo con la hija que recoge las lágrimas de su soledad; y así, responde á los cuidados de ella, con estas palabras que tanto distan por su tristeza y tono humilde, de aquellas que proferia con violencia desde las alturas de su trono: « Preciso es que seas paciente conmigo; ruégoto ahora que olvides y perdones: yo soy viejo é imbécil. »

You must bear with me:
Pray you now forget and forgive: Y am old and foolish.

Viejo é imbécil! . . . por lo menos inutilizado como el personaje de Malherbe:

Je suis vaincu du temps, je cede á vos outrages.

Paciencia! . . . sobrada la tenía la jóven abnegada que quiso pagar con el sacrificio más voluntario y resignado el hecho único de no haber podido conseguir el dia del reparto, que Lear comprendiese su cariño filial y su ternura.

Bien supo demostrar despues de desheredada y proscripta, como apreciaba las riquezas de la tierra y de la vida, solo á condicion de consagrarlas exclusivamente al cuidado del anciano loco y desvalido; por eso dió su existencia en holocausto del sentimiento noble que la embargaba, cayendo rendida de dolor y de fatiga, cuando una peregrinacion hartó dura para sus fuerzas de mujer, postró su alma falta ya del cuerpo que pudiera resistir las energías de su voluntad.

Fué empero para Cordelia póstumo galardón, contemplar desde la esfera inmortal á donde voló su espíritu celeste, como no pudiendo el pobre viejo vivir sin escuchar el suavísimo acento de su voz, y sin sentir la solicitud de su ternura, se desplomó abrazado á su cadáver; sobre él llorando lágrimas de desesperación, sobre él muriendo también al consagrarle el postrer pensamiento de su alma, y las últimas palabras que balbucearon sus yertos labios seniles.

Con razón Paul de Saint-Victor, el inimitable estilista, ha podido decir oh! Cordelia de tu muerte: «El ángel no comprendido pliega sus alas, y el rayo injusto que lo hiere, no hace más que iluminar sobre su frente una aureola.»

El lector á quien no agraden los contrastes, puede desde ahora excusarse de recorrer lo que sigue, porque voy á pasar de la más triste de las tragedias, á la más divertida acaso de las comedias que cuenta el variadísimo repertorio de Guillermo Shakespeare. En *The merry wives of Windsor* (*Las alegres comadres de Windsor*) pieza escrita por el compromiso de complacer á la reina Isabel, todo es agradable, hasta la reaparición del célebre Falstaff, á quien viejo ya, quería aquella real señora ver en la escena como en los buenos tiempos en que el poeta lo presentaba en el drama *King Henry the fourth* (*El rey Enrique IV*), sin el peso de los años ni las cándidas credulidades que lo van á ridiculizar en sus pretensas aventuras galantes con las traviesas vecinas de Windsor.

John Falstaff es entre los personajes del poeta inglés, uno de sus predilectos, y de los más dignos de observación para quien estudió su teatro; y aun cuando no entra en el objeto de estas páginas, sinó trazar el boceto de las mujeres, he de dedicarle no obstante algunas líneas, cuando llegue al esbozo de Lady Pierce, la esposa de Hotspur en el citado drama *El rey Enrique IV*.

El bufón irrespetuoso y cínico, que hacia con su vena inagotable la delicia del príncipe de Gales, dió con la horma de su zapato en mistress Ford y mistress Page, habiendo intentado la conquista amorosa de ambas al mismo tiempo y en iguales términos, lo cual dió lugar á que ellas se conjurasen para jugarle las peores bromas que pudiera él imaginar.

Mister Ford, marido de la una, era más celoso que Othello, y deseaba su alegre compañera curarlo de tan inconveniente enfermedad, á la vez que se prometía escarmentar la desfachatez de Fal-

taff. Para conseguir tales fines convienen las dos damas solicitadas por el bufón, en seguirle la corriente de sus amantes devaneos. Así lo hacen, dándole mistress Ford cita en su propia casa, de la cual tiene Falstaff que salir merced á la llegada del marido indirectamente avisado. Libranlo pues de su apuro dos criados que lo llevan en una canasta de ropa sucia conjuntamente con la que es arrojado al Támesis por vía de lavatorio. No fué sin embargo suficiente este baño original, para calmar los arrebatos del empecinado viejo verde; por lo cual repetida la cita, y repetida la aparición del marido en peligroso momento, tuvo que escurrir el bulto con el disfraz de una hechicera; pero como á los miembros de esta nigromántica familia, no se les tenía en la época miramiento alguno, — cual si fuera en *ánima villi*, se hizo muy poco esperar tremenda lluvia de palos por las costillas del bufón. Era ésto sin duda de los que creen que pobre porfiado saca mendrugo, y de los que tienen los ojos vendados por el amor, pues que ni cayó en la burla de que venia siendo objeto, ni cejó por asendereado de continuar sus tentativas acerca de las dos comadres de Windsor. Ya los maridos en el secreto de la broma que seguían ellas hilvanando, también entraron de lleno á participar del jaleo en que era por su mal, protagonista el más que burlado Falstaff. Mediante tal circunstancia, la tercera cita tomó á mister Page y mister Ford en la mayor actividad zumbona.

Tuvo lugar esta última aventura á media noche en el parque de Windsor, sitio designado para que siguiendo una superstición generalizada, esperase Falstaff al ídolo de sus ensueños á modo de ser tomado por la sombra de Herne el cazador, personaje de popular leyenda romántica. Y tan persuadido estaba él de su envidiable posición de amante feliz y esperto, que por todo entraba, y hacia cuanto se le insinuase con tal de mantener su actitud resuelta é ilusionarse con sus conquistas en perspectiva. Fué así que en la consecución de sus triunfos, por prestarse á lo que á ellos lo condujera, se presentó en el parque á la hora de la cita en el traje de su transformación fantástica, adornada la cabeza con la cornamenta de un ciervo. Pero aquí ruedan por tierra sus ilusiones, que en vez de hadas y silfos incorpóreos, caen sobre él seres de carne y hueso que lo mortifican, pinchan y zahieren y además dirígenle indirectas de todo género á su ridículo papel; y fué la burla tanto más grave cuanto mayormente pública y á presencia de los maridos que eligiera el bufón para sus víctimas. ¿Qué le

queda despues de esto al pobre Falstaff sinó repetir el verso de Piron: *J'ai ri, me voilà desarmé?*

Tan peligrosa como pueda juzgarse para la reputacion de las damas de Windsor, la intriga en que hábilmente envolvieron al viejo concupiscente, el caso es que como el éxito más completo coronó la peregrina ocurrencia, y la celebraron los maridos y á ella á la postre cooperaron, pueden sellar sus lábios, en este caso concreto, los que piensen que el decoro de una muger casada no consiente cierta especialidad de bromas ocasionadas á interpretaciones diversas, que redundan en perjuicio de su nombre. En cuanto á mistress Page, ella consideraba muy compatible el buen humor en las manifestaciones que se le conocen relativamente á Falstaff, con la honestidad que se atribuía en sus costumbres de señora. « Con lo que vamos á hacer, le decia á mistress Ford, daremos prueba acabada de que á la vez somos alegres y honestas, como que con nuestros juegos y risas no inferimos mal alguno. El dicho es viejo pero exacto: *Son los cerdos tranquilos los que comen toda la inmundicia.* »

We'll leave á proof, by that which we will do,
Wives may be merry, and yet honest too:
We do not act, that often gest and laugh;
Tis old but true: *Still swine eat all the druff.*

El hecho verdadero es que la broma tuvo el mejor resultado; que quedaron libres completamente de sus respectivas estravagancias, tanto mister Ford como Falstaff.

Entonando el primero su *mea culpa* deciale á mistress Ford: « Perdóname mujer y haz en adelante lo que quieras; sospecharé antes que pueda el sol ser frio, que tú deshonesto. Está ahora tu honor tan bien cimentado, que en él tiene fé absoluta, el que á su respecto fué escéptico. »

Pardon me, wife: henceforth do what thou wilt;
Y rather will suspect the sun with cold,
Than thee with wantonness. now does thy honour stand,
In him that was of late and heretic,
As firm as faith.

Por lo que dice relacion con Falstaff, la leccion tambien resultó soberbia, porque « empezando por comprender que habian hecho de él un asno, » — Y do begin to percieve that Y am made an ass, —

y concluyendo por confesar « que estaba hundido » — Y am defected — no puede negarse que las comadres de Windsor fueron con el atrevido bufon felices en la eficacia del castigo que alegrementó le impusieron.

Sobre todo fué cruel para Falstaff el momento en que mistress Page le dió la siguiente desconsoladora explicacion: « Cómo sir John! ¿ Pensais que si nosotras hubiésemos arrojado por la cabeza y las espaldas la virtud del corazon, y nos hubiésemos dado sin escrúpulo al infierno, nos habria mostrado el diablo el placer en vos? » (Why, sir John, do you think, though we would have thrust virtue out of our hearts by the head and shoulders, and have given ourselves without scruple to hell, that ever the devil could have made you our delight?)

Esta patente de inutilidad que á Falstaff conferia mistress Page, era la herida más profunda y la pena más atroz que pudiera nadie infligir al viejo disoluto; pero así mismo revelan esas frases que en las alegres comadres, esposas de Page y Ford, no ha querido Shakespeare pintar nada que se asemeje ni aproxime á los grandes caracteres femeninos que tan completos salen de su pluma, cuando quiere él exhibirlos é imponerlos con los prestigios de su ingenio.

El lenguaje de las comadres sin ser bajo, es vulgar, como lo son sus pensamientos. Hablando de su honestidad no se le habria ocurrido á Desdemona invocar á un « cerdo tranquilo », ni á Miranda hacer la manifestacion de que en caso de pecar el « diablo no le hubiese mostrado el placer » en un ente como Caliban.

Pero todo ello se explica por el objeto de la comedia, que no ultrapasa los límites de la ridiculez humana, y es pieza restringida al exámen de las costumbres burguesas, sin haber entrado en el propósito del poeta, elevarse á las sublimidades que reserva para la creacion de sus tipos escogidos.

En su género, la comedia que me ocupa tiene además de su valor literario, un mérito arqueológico que Montegut hace presente: « Gracias á Shakespeare, dice despues, se vive durante algunas horas la verdadera vida vulgar de la Inglaterra del siglo XVI. Es una pequeña villa de provincia inglesa de otra época que resucita ante nosotros, con sus costumbres, hábitos, pasiones, su natural bondad, sus aparcerías, sus chismes y sus maledicencias. »

En una pieza escrita con el fin que queda indicado, no seria oportuno esperar el desarrollo y la pintura, de ninguna de las

grandes mujeres del poeta, que tampoco para ello se prestara el argumento pedestre y esencialmente cómico de *Las alegres comadres de Windsor*.

Para encontrar un gran carácter ennoblecido ó inspirado por el amor mas ardiente, hay desde luego que tropezar con Helena la encantadora heroína de la hermosísima comedia *All's well that ends well* (*Es bueno todo lo que bien concluye*).

Shakespeare á quien no podria hacerle el cargo Boileau de que se desdenase de pensar sobre lo que otros hubieron pensado yá

S' ils pensaient ce qu' un autre á pu penser comme eux,

tomó el argumento de la comedia en que es Helena protagonista, del *Decameron* de Bocacio, y lo tomó, y refundió, y mejoró sin escrúpulo de ningun género, porque sabido es que Shakespeare con ser el más original y más grande de los poetas, practicaba lo que Moliero tuvo despues la laudable franqueza de confesar, en esta frase:

Je prends mon bien ou je le trouve

Simple es ó interesante la trama de *All's well that ends well*. Helena que no pertenecía á la nobleza se enamora de Bertram, conde de Rousillon, al cual conde todo lo seduce menos un matrimonio morganático. Helena que comprende la aversion del conde por ese género de enlaces, silencia su amor secreto hasta tanto no llega á sorprendérselo la propia madre del mancebo, la condesa de Rousillon, discreta señora que lejos de participar del inmotivado orgullo de su hijo, se daría por satisfecha con que él correspondiese al cariño de la virtuosa jóven.

Así las cosas, se enferma gravemente el rey de Francia, que es el país en que se desarrolla la pieza; y juzgada incurable la dolencia por los doctores bien reputados de la corte, preséntase Helena, poseedora de varias recetas de su padre, célebre médico, y ofrece con seguridad obtener el resultado de que aquellos doctores desesperaron; prometo en una palabra, la curacion del rey, sin aceptar por via de honorario mas que la eleccion de esposo, entro los grandes señores que al monarca rinden vasallaje.

Como se comprende, á Bertram es que el tiro se dirige, y el rey cumpliendo su empeñada fé, obligalo al matrimonio. Pero el orgu-

loso noble, si bien obedece, y contrao las nupcias impuestas, en cambio condena á Helena desde luego, á singular viudedad, como que sin prévia comunidad de hogar, ni aproximacion de especie alguna, parte para la guerra, anunciándolo por escrito que solo á dos condiciones — porque las reputa imposibles — aceptará á compartir su lecho; y son efectivamente esas condiciones difícilillas de suyo, pues en nada menos consisten que en esto: la primera en que le presente un anillo que lleva él siempre en el dedo; la segunda en que dé ella á luz un hijo que pueda legítimamente llevar el apellido Rousillon.

Esta última cláusula aparece á primera vista irrealizable, porque tratándose de cónyuges separados, solo el espíritu santo operaría el prodigio, que asimismo no se ha repetido despues del asunto de San José, por las dudas y jaleos á que se presta ese linaje de milagros. Sin embargo, las condiciones impuestas por Bertram llegan á cumplirse sin ayuda de ningun espíritu celeste, y antes bien por el solo auxilio ó intervencion de los medios conocidos y comunes; porque fué alguna mujer como Helena la que sin duda inspiró á Virgilio su conocido verso

Omnia vincit amor et nos cedamus amori

que despues de la prueba dada por la esposa de Bertram, bien puede asegurarse que no hay nada que el amor no venza, como que ha de saber el lector que merced á la ingeniosa mistificacion de sustituirse á una doncella requebrada por su esposo en la ciudad de Florencia, obtuvo Helena el anillo conjuntamente con las caricias conyugales que, el incauto conde de Rousillon creía estar disipando en los halagos de un amor comprado.

Por fin descubierta la intriga y haciendo Bertram justicia á la pasion perseverante, y sin igual firmeza de su esposa, llega á comprender que en ella tiene la compañera más digna, que á feliz mortal pudiera tocarle. Comparten muchos críticos la opinion del conde sobre Helena y júzganla tan favorablemente que la creen uno de los caracteres mejor sostenidos en el teatro de Shakespeare.

Segun la concepcion del poeta, está efectivamente dotada de diversas condiciones que lo dan un lugar culminante en la galeria que vengo examinando.

Es en primer término modesta; así es que antes de tener el mérito de haber devuelto la salud al rey y por consiguiente de haber

alcanzado el derecho de pedirle cualquier merced, se lamenta amargamente, pero no aspira en sus delirios á la mano de Bertram. Por el contrario juzga insensata tal aspiracion y así se la oyo exclamar: « Estoy perdida; ya esto no es vida, no, no es vida, si Bertram se vá. Me pasa algo así como si amaso alguna brillante estrella, y pensase en tomarla por consorte; tal está él de elevado sobre mí. Debo contentarme con sus rayos luminosos y el brillo de sus reflejos, sin pensar en su esfera un solo instante. En la ambicion de mi amor va envuelto mi castigo. Debo morir de amor la cierva que aspiro á desposarse con el leon. »

Y am undone; there is no living, none,
Yf Bertram be away. T'ware all one,
That I should love á bright particular star,
And think to wed it, he is so above me:
Yn his bright radiance and collateral light
Must I be comforted, not in his sphere.
The ambition in my love thus plagues itself:
The hind, that would be mated by the lion,
Must die for love.

Tiene Victor Hugo en su lirica, un verso que saben de memoria todos los amantes que aspiran á lo que no pueden alcanzar. Es aquel en que alguien en situacion parecida á la de Helena, deja exhalar como un suspiro del corazon atormentado, estas palabras que compendian á manera de una lágrima de angustia, el dolor de la esperanza perdida:

Je suis un ver de terre amoureux d'une étoile.

Habrá brotado espontáneamente del poderoso cerebro del poeta de la Francia, el hermoso verso que antecede; pero de todos modos, justo es reconocer que, Hugo en un tiempo infatigable lector de Shakespeare, ha podido alguna vez rendir tributo al génio que concibió el tipo de Helena; y nada tendría de extraño que la intensidad de pensamiento del uno, se vaciase en la turquesa de la esplendidez de formas del otro.

Pero vuelvo ya á la humilde cierva que considera imposible su alianza con el temido rey de los incultos bosques — á la modesta hija de sus virtudes, que ve al dueño de su felicidad tan encumbrado como las estrellas del cielo, aunque ella no se arrastre como el gusano de Victor Hugo, ni tenga que contemplar el esplendor de los astros espuesta á la pisada del caminante distraido.

Cuando sorprendida por la condosa, vese obligada á confesar el amor que tiene por su hijo, hácelo en términos que alejan la presuncion de que se juzgue en el caso de obtener su mano desde luego. Brilla la más ingenua modestia en sus palabras: « So que lo amo vanamente — dice — luchando contra toda esperanza; y sin embargo no dejo de hacer pasar por el tamiz engañoso y fugitivo de esa esperanza, las aguas de mi amor sin miedo de que lleguo él á agotarse. Parecida en esto á la mujer india soy religiosa en mi propio error, ó idolatro al sol que brilla á la vista de su adorador sin conocerlo. »

Y know I love in vain, strive against hope;
Yet in this captious and untenible sieve,
Y still pour in the waters of my love,
And lack not to lose still: thus, Indian-like,
Religious in mine error I adore,
The sun, that looks upon his worshipper,
But knows of him no more.

Pero así que se ve dignificada por el rey que ella acaba de devolver á sus súbditos; así que de los labios del monarca escucha profunda y sabia disertacion sobre las vanidades humanas, retempla las energías de su alma, porque cree que el generoso rey habla con el corazon en la mano y de él arranca la fecundidad de sus verdades; y sin duda pensaba con acierto, que segun lo dice el evangelista, « es por la abundancia del corazon que sale la palabra de la boca, » *ex abundantia cordis os loquitur*.

Helena por aquello que reza Quevedo de « que no hay quien no se crea á sí mismo » estaba penetrada de la innegable exactitud de estos pensamientos que cruzaban ya por su mente: « Ser virtuosa, y no tener en su contra, mas que la circunstancia de ser la hija de un pobre médico, es para quien de ello haga un cargo, desdenar la virtud por un nombre. Cuando los actos virtuosos proceden de persona de humilde condicion, esta humildad viene á ser ennoblecida por quien aquellos actos ejecuta. El bien por sí solo, puede ser el bien sin necesidad de un nombre; lo propio se ha de decir de la bajeza, porque las cualidades valen por sí mismas, y no por un título. »

Todo esto lo decia el rey de Francia aludiendo á la situacion y relevantes dotes de Helena, la cual aceptaba doctrinas tan convenientes y que decian perfectamente con lo que por su cuenta tam-

bien ella pensaba, como lo observé hace un momento. Pero lo que la sedujo en mayor grado, y le dió la plena conciencia de su valer para dirigir su fuerza de voluntad, y encaminarla al servicio de su propósito, fué la terminacion del discurso del rey cuando encarándose con Bertram, así le habló: «¿Qué mas he de decirte? Si te agrada esta doncella por esposa, lo que pueda faltarle yo he de darselo. Lleva en dote por si misma su virtud y su persona; yo la dotaré con honores y riqueza.»

What should be said?

If thou canst like this creature as a maid,
Y can create the rest: virtue and she,
Ys her own dower; honour, and wealth, from me

Protegida de este modo por el monarca, no se conceptua ya como antes «pobre cierva delirante indigna de soñar en desposorios con el leon.»

Por el contrario se juzga muy en el caso de obtener con los ardidés de su cariño, que cese la conducta desdeñosa de Bertram. Se pone con tal objeto en campaña, y lo consigue, que á condicion de que se le pruebe la verdad de las aventuras de Helena, promete su esposo: «que la amaré tiernamente, siempre, siempre tiernamente.»

Y'll love her dearly, ever, ever dearly.

Tienen razon que los sobra los que á Helena juzgan como uno de los caractéres mas completos que pueda llevarse al teatro. Es efectivamente de las creaciones que más luz reflejan sobre ese génio que se llama Shakespeare, de las heroínas que más prestigios le crean, de los retratos que le ganan más admiradores, de las mujeres, en fin, que le atraen más apasionados.

Ella es la obrera de Salustio que crea su propia fortuna, *Faber est suce quisque fortunee*. Comienza por su modestia y virtud grangeándose la buena voluntad y la afecion de la condesa madre de Bertram; es dulce y noble por inclinaciones de su delicado espíritu; pero todo ello no excluye la mayor firmeza de ideas, que solo merced á esa rara cualidad, en el grado que la poseia Helena, pudo ella triunfar de la indiferencia de su marido, y lanzarse al viaje y complicadas aventuras que dieron por resultado el cumplimiento de las condiciones impuestas por aquel, en su carta original de despedida.

Contrasta tanto más la perseverancia de Helena con el desden y la dureza de Bertram, cuanto que esto si se exceptuan sus brillantes condiciones de soldado, no aparece revestido de los méritos que adornan á otros hombres. Lo es á Johnson antipático por sus cuatro costados el conde de Rousillon, y lamenta que no espie su desvio con pena más severa que la de concluir por poseer una esposa llena de virtudes. Schlegel casi siempre de criterio tan seguro en la apreciacion de las obras de Shakespeare, contesta las indignaciones de Johnson de tan discreta manera como esta: «Es pintar el verdadero curso de las cosas del mundo, llegar á la demostracion de que los hombres jamás espian ante la opinion, sus faltas contra las mujeres, siempre que conserven las ventajas deducidas del honor segun el concepto general que de él se tiene. Además á Bertram ampara una excusa: el rey se ha permitido un acto de autoridad al elegirle esposa privándole así del uso de un derecho individual.»

Si no bastan estas razones á curar á Johnson de su antipatia contra el esposo de Elena, allá se las componga; que la única persona que podia hacerle cargos era ella, y si lo aceptó no habria de ser tan malo, y antes quizá tendria alguna virtud oculta, que en el punto de la discusion por cierto tengo, que nadio gana en sagaz golpe de vista á las mujeres.

De la firmeza, tal cual Helena la practicaba, no hace por lo comun mucho uso la más interesante mitad del género humano, y de ello da una muestra Olivia en la comedia *Twelfth night; or what you will* (*Duodécima noche, ó lo que queráis*). Habia ella resuelto por romántico desden del mundo y con protesto de desgracias de familia, permanecer alejada algunos años del más leve contacto social, renunciando por supuesto en primer término, á todo sentimiento que interesar pudiera su corazon con amorosos transportes. Pero es vanidoso el empeño de mantener resoluciones fatalmente destinadas á ser *ludibria ventis* cuando no reposan sinó en la exaltacion fugitiva de un instante de contrariedad. Poco tardó Olivia en comprender cuan frágil base habíale dado á la persistencia en su retiro de la vida, que si bien á Orsino duque de Iliria no estuvo dispuesta á atender, parecióle en cambio delicioso el mensajero que le envió el enamorado duque con el fin de obtener categórica respuesta sobre antiguas exigencias de matrimonio.

No habia en aquel mensajero otra cosa que el resultado de inocente mistificacion, por la cual Cesario, que así se llamaba, no era ni más ni ménos que la interesante jóven Viola con disfraz de hom-

bre que á las mil maravillas le sentaba para su engañoso papel; y era este desempeñado con tan singular acierto, que Olivia tomó el disfraz por lo serio tardando ménos en ponerse al habla con Cesario, que en sentir por él germinar la pasión más dominante y exaltada.

Verdad es que Viola, ante la rotunda negativa de su interlocutora sobre las proposiciones del duque de Iliria, manifestó que en situación idéntica á la de este, jamás se conformaría; y lo hizo en lenguaje tan vehemente que dió así mayor incentivo al amor de la entusiasta Olivia. «Yo en el caso del duque—dice Cesario ó más bien dicho Viola—construiría con ramas de sauce una choza á vuestra puerta, y á mi alma llamaría para que la habitase; habría de escribir canciones leales sobre el amor sin correspondencia, y las cantaría con voz fuerte al extinguirse la noche. Le recordaría vuestro nombre á gritos á las colinas que me lo devolverían con su eco y obligaría al ave parlara de los aires á gritar, *Olivia!* Oh! no podríais encontrar reposo entre los elementos del aire y de la tierra, sinó á condicion de tener piedad de mí.»

Make me á willow cabin at your gate,
And call upon my soul within the house;
Write loyal cantons of contemned love,
And sing them loud even in the dead of night:
Holla your name to the reberverate hills,
And make the babbling gossip of the air
Cry out *Olivia!* O, you should not rest
Between the elements of air and earth,
But you should pity me.

Después de manifestaciones tan poético-románticas, y siquiera las hiciese el seudo-mancebo por ajena cuenta, hubo de entenderlas Olivia como á ella dirigidas; porque en seguida exclamó: «¿Qué tengo ahora? ¿Es qué tan pronto se adquiere la epidemia? Paréceme que siento infiltrármese por los ojos las perfecciones de ese jóven con sutil é invisible movimiento.»

How now?
Even so quickly may one catch the plague?
Methinks, I feel this youth's perfections,
With an invisible and subtle stealth,
To creep in at mine eyes.

Pero se equivocó Olivia grandemente, así en el sexo como en la intención de Viola, que cuando esta quería hablar *pro domo sua*, sabía hacerlo con el lenguaje que le sugería su pasión oculta por el duque, el cual como se comprende, muy lejos estaba de pensar que en un servidor de su casa, no sospechado de falsificador de sexos, existiese, según las combinaciones del destino, materia prima que utilizar en la formación de una duquesa de Iliria.

Viola efectivamente en los trabajos iniciales de su candidatura ducal, de lo que ménos preocupábase era de tomar á pecho la idea de seguirle á Olivia la broma de que la creyese hombre; al contrario, lo que agitaba los recursos de su ingenio era ver de hallar el camino que á título de esposa la condujese derechamente á compartir el trono feudal de Iliria.

Y en este propósito de irse con toda suavidad insinuando, establecía desde luego como regla general en diálogo que con el duque tenía, esta afirmación tan adecuada á sus conveniencias: «Yo sé bien cuanto amor pueden las mujeres sentir por un hombre; puedo decir á fé mia que tienen ellas corazón tan leal como nosotros.»

Duke:— What dost thou know?
Viola:— Too well what love women to men may owe;
In faith, they are as true of heart as we.

En seguida de esto, haciendo la propia historia de su pasión, se la atribuía á una supuesta hermana, para que llegado el momento de dar término á la intriga y al disfraz recordando el duque tal historia, comprendiese la intensidad del amor que sin darse él mismo cuenta había no obstante inspirado. «Ella—dice Viola aludiendo á la imaginaria hermana—jamás reveló su amor; pero dejó que su secreto, como el gusano en el botón de una flor, se alimentase del carmín de sus mejillas; se reconcentró en un sólo pensamiento, y pálido y amarillento el rostro por íntima melancolía permaneció silenciosa como la estatua de la resignación en una tumba. ¿No era esto amor? Nosotros los hombres hablamos y juramos más; pero indudablemente exceden nuestras demostraciones con mucho á nuestros sentimientos; porque somos pródigos en promesas, y no lo somos en amar.»

She never told her love,
But let concealment, like a worm i' the bud
Feed on her damask cheek: She pin'd in thought;

And, with á green and yellow melancholy,
 She sat like patience on á monument,
 Smiling at grief. Was not this love indeed?
 We men may say more, swear more, but indeed,
 Our shows are more than will; for still we prove
 Much in our vows, but little in our love.

Por su parte no era ménos apurada la situacion de Olivia, como que no ahorraba sus demostraciones á Viola, insensible como era natural á tanto entusiasmo ocasionado por el traje masculino que llevaba.

Agotado el repertorio de las indirectas hubo de recurrir Olivia por necesidad á pronunciarse claramente, dejando de lado escrúpulos que imponen por costumbre inveterada en las damas, el deber antes de esperar la carga, que no el de llevarla por sí mismas. De manera que para no andarse con chicas, hizole á Viola, á la cual suponía el interesante y real Cesario, declaracion en toda regla pidiendo despues excusa y explicando en estos términos como habia en el caso conveniencia de insertar los papeles. « De ser yo la que te declare mi amor— dícele— no tomes razon para dejar de quererme; ántes bien encadena tu espíritu á este raciocinio: bueno es el amor que se busca, pero mucho mejor es el que se obtiene sin buscarlo.»

Do not extort thy reasons from this clause,
 For that I woo, thou therefore hast no cause:
 But, rather, reason thus with reason fetter,
 Love sought is good, but given unsought, is better.

Por los versos que vengo trascribiendo, ya se verá que tanto Olivia como Viola no habian hecho voto de castidad, que cada una por su lado demostraba harta impaciencia por cumplir cuanto antes en la tierra, la muy laudable mision que impone la naturaleza á todas las hijas de Eva.

Pues salieron con su gusto las dos bien pronto, que Olivia en Sebastian hermano gemelo de Viola y á esta tan parecido de confundirlo con ella, encontró la más feliz manera de no reprocharse la ilusion grosera de aumentar el número de los habitantes del globo, en un connubio ideal con el imposible Cesario. Por lo que respecta á la del disfraz masculino, ha de saberse tambien que no resultó ménos favorecida por su estrella, y obtuvo luego facilmente la mano

de Orsino duque de Iliria, como que á este— viendo ya á Olivia casada, y juzgándose harto de desdones, — entróle súbita pasion por la interesantísima Viola, así que á él se presentó con el propio traje de su sexo. Púsose el incauto á pensar, en lo poco listo y percatado que anduvo en no sorprender el ardid y oculta pasion de la resuelta jóven gentil que albergaba bajo su techo ducal; pero al fin y al cabo hubo de convenir consigo mismo en que no es de las peores aventuras para un hombre, dar hospitalidad á la mujer que un dia ha de unir á su vida y á su nombre por arte singular de los caprichos de la suerte.

Cumplan enhorabuena sus anhelados fines las esposas de Orsino y Sebastian ya que cediendo á la vocacion más decidida por el matrimonio emplearon la habilidad suficiente para lograrlo, en términos que satisficieron debidamente sus deseos.

Nada quiero ya agregar sobre ellas, concluida como está la amorosa feliz campaña de ambas; y en cambio ardo en el afan de hacer presente á quien tenga yo la honra inmerecida de contar por lector, que *Cymbeline* es el título de un drama de Shakespeare que hay quien asegura con abundantes pruebas que es su última produccion. Con harta razon se dijo aquello de « que los primeros serán los últimos y serán los últimos los primeros, » que con ser Imogen en fecha la postrer creacion femenina del poeta, es la primera como tipo sublime de muger entre tantas como él ha inmortalizado. Es Imogen algo así como la revelacion de que los años fueron impotentes para quebrar las sutiles delicadezas del génio que no precisaba pedirle á los entusiasmos de la adolescencia, ni á los prestigios de romanesca juvenil pasion, los rosados y aureos tintes con que complementa ó idealiza su facultad imaginativa, las perfecciones reales de la mujer sin recurrir á verla en carne y hueso, ni ménos mirarla con ojos influenciados por el amor que lo inspirase, para concebirla sin rival.

Ya estaba Shakespeare distante de la primavera de la vida, ya habia vaciado en sus sonetos todas las esperanzas de su alma y todos los dolores de su corazon, ya lo marcaba el bullicio de Londres al extremo de inducirlo á cambiar los triunfos y el aplauso de la gran ciudad por la existencia oscura de la pequeña aldea de Stratford, ya en fin no sentia las atrayentes seducciones de su carrera literaria, ni lo deslumbraban los resplandores de la gloria, cuando escribió *Cymbeline* para rendir dos homenajes: uno á la patria, recordando con orgullo que Cesar subyugó las Galias, pero

que las legiones del gran conquistador jamás pudieron triunfar completamente en la Bretaña;—otro á la mujer, creando en Imogen sinó la más aerea y gentil de sus heroínas; al ménos la más llena de virtudes: la más próxima á la perfeccion suspirada por la fantasía inquieta de los grandes poetas de las edades.

Los comentadores de Shakesheare—he podido observarlo— como los glosadores de las Partidas y en general del derecho español todo, tienen la mala maña de repetirse y copiarse unos á otros, así es que citar diversidad de textos conformes en determinado punto no tiene importancia alguna; mas pareceme notar que en la apreciacion de Imogen los críticos proceden en su elogio por cuenta propia, y no merced á la costumbre de estar por la afirmativa inconsciente á modos de nuestras Cámaras. Pero sea de ello lo que fuere, es general el entusiasmo de los estudiosos del autor de *Cymbeline*, por Imogen que debo considerarse protagonista en el drama.

Quedo pues establecido por siempre y jamás, que la hija del rey Cymbeline, vale decir Imogen, es la más alta y completa de las creaciones femeninas del génio dramático de la Inglaterra. Y como esta afirmacion exige algo superior á mi palabra sin autoridad, séame lícito, no obstante mantener mi aserto de que la familia de anotadores y críticos es incorregible en punto á aceptar la cosa juzgada, que en materia literaria no debo tenerse siempre por verdad, *pro veritate habetur*, como en derecho; séame lícito, repito, recordar lo que Mezieres y Drake dicen sobre Imogen, prefiriéndolos respecto de otros eruditos, sencillamente por esto: al primero porque ha escrito el mejor libro francés que hay sobre Shakesheare; al segundo porque tengo su juicio de *Cymbeline* casualmente sobre la mesa, en el momento en que trazo las presentes líneas.

Dice Mezieres: «Nunca ha entrado él (Shakesheare) más profundamente al estudio de un carácter de mujer, ni ha reunido en una misma persona tanta sensibilidad, valor, é instintos generosos.» (Nulle part il n'a poussé aussi loin l'étude d'une caractere de femme, ni reuni dans un meme role tant de sensibilité, de courage; et d'instincts genereux.)

Y dice Drake: «Imogen es el más hermoso y perfecto de los caracteres de mujer concebidos por Shakesheare; es el modelo del amor conyugal y la castidad. (Imogen is the most lovely and perfect of Shakesheare's female characters, the pattern of connubial love and chastity.)

No hay que ponerlo en duda: la heroína de *Cymbeline* es un dechado de perfecciones, reuniendo desde las más tiernas suavidades del espíritu, hasta las más preciosas energías del alma. Por eso el ser sencilla y dulce y soñadora al extremo de juzgar «mas feliz que ella á un insensible género,» («senseless linen! harpier therein than Y,») porque constituía un pañuelo besado por Posthumus, por eso echar de menos «un caballo con alas» para hallar más pronto á su marido (O, for á horse with wings!) son manifestaciones de un corazón apasionado y de una mente en delicadezas abundosa, que no excluyen sin embargo, aquel valor tan fiero, aquella virtud tan susceptible, que en circunstancia de ser sospechada de infidelidad por su marido, le da el corago suficiente, podría decirse el heroísmo de la inocencia, y la resignacion insuperable, para hacerlo cargos al comisionado de matarla por no cumplir la orden que ha traído. «Ven—dícele al amigo de su esposo encargado de las funciones de verdugo—preciso es que seas honesto, y cumplas las órdenes de tu señor; cuando lo veas atestiguarás que he obedecido su mandato; mira, yo misma desenvaino la espada; tómala y hiere esta inocente mansion del amor—mi corazón; nada temas, no hay en él más que pesar; no está en él tu señor que era sin duda su única riqueza; obedece sus órdenes, mátame. Tú podrás ser muy valiente en mejor lance; pero ahora me pareces un cobarde.»

El ejecutor tira la espada sin atreverse á herirla. Y entonces ella le hace cargos por su debilidad en estos términos: «A la verdad yo debo morir; y si no es á manos tuyas, no sirves bien á tu amo. Yo me mataría; pero al suicidio hay preceptos religiosos que lo prohiben, y ellos paralizan mi débil mano.» Y agrega todavía: «Ruégote que concluyas pronto: el cordero se lo pide al carnicero ¿donde está la cuchilla?»

Come, fellow, be thou honest:

Do thy master's bidding: when thou seest him,

A little witness my obedience: look!

Y draw the sword myself: take it and hit

The innocent mansion of my love, my heart:

Fear not; 'tis empty of all things but grief:

Thy master is not there, who was, indeed

The riches of it: do his bidding; strike.

Thou mayst be valiant, in á better cause,

But now thou seemst á coward.

.

Why, I must die;
 And if I do not by thy hand, thou art
 No servant of my master's: against self-slaughter
 There is á prohibition so divine
 That cravens my weak hand.

Pray thee despatch:
 The lamb entreats the butcher: where's thy knife?

Cuando recién conoce la acusación de infidelidad que se le hace, son cortos sus lamentos: cinco versos empero que compendian todo un poema de su vida. « Perjura yo á su lecho! Mas por perjura ¿ qué debe entenderse? Vivir constantemente en vela pensando en él? Llorar desde que el día comienza hasta que termina? Y si naturaleza cede al sueño sentirlo interrumpido por espantosa pesadilla de temor por él, y despertarme á gritos? ¿ Es eso ser perjura al lecho? Es eso? »

False to his bed! What is it to be false?
 To lie in watch there, and to think on him?
 To weep' twixt clock and clock? if sleep charge nature,
 To break it with á fearful dream of him,
 And cry myself awake? that's false to's bed? is it?

Estas hermosas transcripciones que vengo haciendo tomándolas de algunas escenas interesantes del drama, dan idea del temple de alma de Imogen, de su resignación, de su valor, de su cariño conyugal, de su respeto á la voluntad del marido; pero así como ha querido Shakespeare darse el lujo de esponer las condiciones del espíritu sublime de su heroina, ha procurado también dar una idea de la envoltura que lo guardaba; ha descuido presentarla como di-ria Persio *intus et in cute*, por dentro y por fuera; mostrar en ella la belleza moral y la belleza física, la grandeza que se impone por la elevación del concepto y la trascendencia del hecho práctico, al lado de la prodigalidad de la naturaleza que en el andar majestuoso, en la tersura de la tez ó en el timbre argentino de la voz, ha propendido á que la simpatía se imponga por el prestigio de lo bello, antes que se arraigue por el convencimiento de que la merece quien tiene la inmensa dicha de prevenir á su favor, con la primer palabra de sus labios, ó la primer mirada de sus ojos.

Imogen disfrazada para ocultar su sexo, emprende viaje con el objeto de encontrar á Posthumus su esposo; alójase en una gruta

con que tropieza en su camino, y que ocupaban dos hermanos suyos, de los cuales con ser como ella hijos de Cymbeline, no tenía ni la más mínima idea. Eran caritativos y la dieron, también sin conocerla, y aun suponiéndola hombre, hospitalidad generosa, que tórnese en hondo lamento, una vez que vueltos de caza con el anciano que á título de padre los acompañaba, se hallaron con Imogen tendida en el suelo aparentemente muerta, por mas que solo estaba bajo la acción de un letargo producido por fortísimo narcótico.

Pero tomando Arviragus, uno de los dos hermanos, por muerte real la que no lo era felizmente, así exhaló su dolor sobre el supuesto cadáver: « Mientras yo viva aquí y dure el estío, he de perfumar tu triste tumba con las más hermosas flores. No ha de faltarte ni la pálida primula que tanto se parece á tu rostro, ni el jacinto que es como tus venas azulado, ni las hojas de la silvestre rosa, de las que sin ofensa puede decirse, que en aroma no alcanzan á tu aliento: Ave pequeña de garganta roja, con su pico cariñoso — para dar en cara á los herederos ricos que dejan á sus padres sin monumento — te ha de traer todas esas flores; y cuando por la estación se hayan concluido, te traerá una cobertura de espeso musgo para proteger tu cuerpo contra el invierno. »

With fairest flowers,
 Whilst summer lasts and I live here, Fidele,
 Y'll sweeten thy sad grave: thou shalt not lack
 The flower that's like thy face, pale primrose, nor
 The azur'd hare-bell, like thy veins; no, nor
 The leaf of eglantine, whom not to slander,
 Out-sweeten'd not thy breath: the ruddock would,
 With charitable bill, — O bill, sore-shaming
 Those rich-left heirs that let their fathers lie
 Without á monument — bring thee all this;
 Yea, and furr'd moss besides, when flowers are gone,
 To winter-ground thy corse.

Antes de esto Jachimo el malvado que la calumnió, también había hecho el elogio de su belleza con el lenguaje de la admiración mas entusiasta, contemplando sus formas esculturales, una vez que mediante infame ardid penetró en su alcoba y pudo recrearse en el abandono — que presumía ella solitario, — de un lecho de mantas sueltas.

Derecho tenía una mujer tan completa como Imogen, de recibir

al fin premio digno á sus merecimientos, y lo alcanzó desvaneciéndose los cargos ofensivos á su reputacion que tan malos ratos le habian dado, así por su decoro herido injustamente como por la actitud colérica de Posthumus. Perdonole su padre al mismo tiempo, la falta de haber tomado esposo por su cuenta desobedeciendo real mandato, y obtuvo que honor se hiciera á la nobilísima conducta de sus amargas horas. Fué por consiguiente mas feliz que otras hijas ilustres del poeta, que no lograron sinó postuma rehabilitacion como Desdémona, ó sucumbieron al dolor y la fatiga cual Cordelia, sin vislumbrar la aurora de terrenal felicidad.

Ya que comencé este capítulo con las palabras de un maestro, oírresemo concluirlo con las de otro, porque, para sintetizar las dotes de Imogen ¿qué podría yo decir, que no estuviese comprendido en las líneas que de Augusto Guillermo Schlegel voy á tomar?

Atencion! que habla el docto crítico aleman: « Ninguno de los rasgos que pueden hermosear el carácter de una mujer se ha omitido en el de Imogen: su modestia, delicadeza, ternura, virtuosa fiereza, resignacion ilimitada hacia su injusto y engañado esposo, sus mismas aventuras, su disfraz, su muerte ficticia y su salvacion, todo, en fin, constituyo un cuadro tan dulce como atrayente. »

(La quinta parte en el próximo número).

Juan Clemente Zenea

POETA CUBANO (1)

Se diria, leyendo los versos del jóven Barbaroux, que al través de sus primeras lágrimas entreveia sus faltas, su expiacion y su cadalso.

LAMARTINE.

I

Una de las cosas que llaman la atencion en la Revolucion de Cuba, es que haya carecido, no solamente de grandes poetas, sinó hasta de las medianías agradables que, sin poseer las dotes sobresalientes de lo que se ha convenido en llamar, á la francesa, *genio*, suelen lograr, por efecto de la impetuosidad de los acontecimientos y de las pasiones de las circunstancias, y por los esfuerzos de su talento, positivo despues de todo, popularidades retumbantes que la posteridad, en su día, se resiste á confirmar. Llama más la atencion, porque en Cuba, como en Colombia, todo el mundo es pa-

(1) Débese á la galantería de nuestro colaborador don Ramon de Santiago y á su invencible aficion á estudios literarios, que LOS ANALES sean los primeros en reproducir el nutrido é interesante estudio crítico que un escritor cubano, don Rafael M. Merchan, ha hecho de las poesías del poeta don Juan Clemente Zenea. Este estudio fué publicado en el *Repertorio Colombiano* de Bogotá.

La causa de la independenciam de Cuba despertó entre nosotros grandes simpatías, y en la tribuna del Club Universitario y del Ateneo del Uruguay poetas y oradores se hicieron eco de las desgracias de aquella Isla y enaltecieron su martirio protestando contra la opresion, en nombre de la humanidad y la democracia americana.

El nombre de Zenea fué pronunciado más de una vez con admiracion.

Poeta, lleva en el corazon el luto por las desgracias de su patria; cubano, fué siempre conspirador y participó de las diversas tentativas de emancipacion, cayendo como mártir de la libertad en Agosto del 71.

Merchan nos da á conocer el poeta y traza la filiacion de sus ideas.

La erudicion y ciertos perfiles seguros y correctos del crítico, merecen el lugar que les damos en LOS ANALES, que siguieron siempre con anhelo el movimiento literario de los demás países de América.

P.

riente de las Musas, y hay tal espontaneidad de versificación, que pudiera decirse que los versos se hacen por sí solos. Hasta 1868, se comprendía que el patriotismo languideciera mudo, porque la censura y la persecución del Gobierno se oponían á toda manifestación, rimada ó no, del espíritu de independencia; pero no cabe la misma explicación cuando ya las Musas empezaron á respirar el aire de la emigración, del ostracismo y de los campamentos. Rafael María de Mendive paró mientes en ello, pero ya algo tarde, y José Fornaris, el poeta revolucionario de los *siboneyes*, más tarde todavía; las imitaciones que de Víctor Hugo hizo el primero, y los *Cantos tropicales* del segundo, aparecieron cuando ya la Revolución había subido, sin el refuerzo de la gente del Parnaso, al zenit de donde empezó á descender en seguida; perdieron la mejor ocasión del entusiasmo, y no pudieron abrirse el lugar que les hubiera correspondido en nuestra pobre literatura guerrera.

Y no se diga que cuando un pueblo ha pasado la vida de varias generaciones suspirando por la libertad, bastan para su gloria las proezas del combate desde que se arroja á conquistarla con el fusil; pues la libertad y la independencia del suelo patrio han tenido en todo tiempo trovadores inmortales. Es verdad que el Marqués de Santillana, Jorge Manrique, el infeliz Garcilaso, Boscan, Hurtado de Mendoza, Gutierrez de Cetina y otros muchos, que fueron militares valientes, no deben su reputación literaria á poesías patrióticas; pero ni poseemos colecciones completas de composiciones, ni todos ellos lucharon por echar los fundamentos de la existencia nacional.

¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías
Oyendo resonar gritos de muerte?

Excusa, y nada más. Don Leandro F. de Moratin escribió su elegía *A las Musas*, cuando estaba refugiado en Francia, en 1821, huyendo de la peste de Barcelona más quizás que de la dominación popular.

Precisamente las primeras páginas de la poesía castellana se escribieron en los campamentos; la ocupación de Zaragoza y la victoria de las Navas de Tolosa, que fueron el prelude de la autonomía de España, comprenden el primer período de su poesía, cuyo principal carácter es el amor al altar y al trono y á la independencia nacional. Más tarde, á falta de un indio cantor, compone Ercilla la

Araucana entre combate y combate. Quintana ayudó en 1805 con su *Pelayo* y sus famosas odas á enardecer el sentimiento de repulsión contra los invasores de la Península; Ugo Foscolo vive todavía en la memoria y en el corazón de los patriotas italianos; Thomas Moore ha dejado en sus *Melodías* el evangelio de los irlandeses oprimidos; Víctor Hugo descargó sus cóleras sobre los hombres del 2 de Diciembre; Olmedo dió nueva inmortalidad á una victoria inmortal, y ahora mismo estamos oyendo los gritos indignados de Ostrogoff contra el despotismo ruso.

Para dar con los himnos de nuestra libertad, hay que buscarlos en Heredia. Después de ellos sólo se ha oído alguna nota aislada, como las de José Agustín Quintero, alguna antifona solitaria y atrevida, sin eco en las bóvedas del cielo patrio, sin coro en la muchedumbre de los fieles.

El poeta tiene su puesto en la guerra, como lo tiene en la paz; es testigo y actor, á las veces hijo de los acontecimientos, como todos los demás hombres, y la sociedad espera que muevan su laud las palpitaciones todas de su siglo. Parece nos haber notado en los bardos cubanos la convicción de que la poesía ocupa región aparte del medio en que se vive, que puede abstraerse de cuanto la rodea y solazarse en las lontananzas, sin aspirar á mayores influencias que la que naturalmente, desde sus veladas cumbres, por casualidad pueda ejercer. Y, en nuestro concepto, no es así. No sabemos hasta qué punto nos apartamos (y quizás este apartamiento es más aparente que real) de la opinión, para nosotros siempre respetabilísima, del señor Miguel Antonio Caro, cuando dice, en el prólogo de la edición bogotana de los poemas del señor Núñez de Arco — prólogo que tiene el imperdonable defecto de no llevar la acreditada firma de su autor — que la poesía no ha de proponerse precisamente un fin social directo; pero cuando lo hace, es evidente que, como sigue diciendo el señor Caro, debe descender « al combate como Santiago en medio de las huestes ibéricas — luminoso, aéreo, armado á lo divino ». De dos grandes poetas de una misma época y de un mismo país, el que levante su tienda en medio de la sociedad de que le ha tocado formar parte, y marque en su laud el compás de los dolores que en su torno resuenan, parecerá más grande que el que se retire á las grutas á cantar alegrías cuando sus hermanos quizás gimen, ó á llorar elegías inmortales cuando los pueblos bendicen á la Providencia por algún gran favor. « Tiene la poesía temas que, bien sentidos y bien tratados, serán siem-

pre nuevos é interesantes. Envejece el mundo, pero las generaciones se renuevan, y nunca faltarán jóvenes.» « Vale mil veces más, y alcanza mayor precio, la espontaneidad generosa, que el cálculo de las oportunidades. » Por supuesto que sí; pero al lado de esas verdades hay que poner esta otra: que sería muy extraño que un siglo desapareciera sin que los grandes sucesos de su historia hubiesen sido cantados por los trovadores contemporáneos; y que la poesía no tiene, quizás, oportunidad tan propicia para ejercer su influencia, como cuando halla, en sucesos que á todos nos interesan, ocasion de recordarnos verdades eternas y de despertar sentimientos que, á Dios gracias, no se extinguirán jamás en el corazón humano. Santiago debe elevarse de nuevo hasta las nubes, después de luchar en nuestros combates. Lamartine y Víctor Hugo son, sin duda, grandes poetas, pero Europa, el mundo entero no los hubiera escuchado con tanta avidez, si sus liras no hubiesen repetido, en magníficos acordes, las quejas del alma de Francia, que ha sido siempre, y lo será por mucho tiempo todavía, para ventura de nuestra raza, el alma de toda la sociedad moderna. Tennyson y Longfellow, dos grandes poetas también, no han alcanzado tan extensa popularidad, principalmente porque no han tomado parte activa en las grandes luchas de su tiempo. De vez en cuando se hicieron Longfellow y Bryant eco de los gemidos de la esclavitud, y el corazón de la gran República palpité entonces unísono con ellos.

Probablemente no estarán de acuerdo con estas ideas nuestros amigos Isaac Carrillo, Francisco y Antonio Sellen, Casimiro del Monte, José Joaquín Govantes, José Joaquín Palma, *Fernán Yañez*, el *Hijo del Damují*, etc.; pero nuestra convicción, por lo que hemos observado en ellos mismos, es que las Musas cubanas no tienen la vocación de la independencia patria; han sentido muy espesa la atmósfera colonial en la vereda que conducía á esa colina, y se han ido por el lado opuesto, donde otras cumbres ostentaban, envueltas en más suaves vapores, las luminarias de ideales diferentes. No que haya habido exclusión absoluta, no pretendemos decir eso; han tenido la voz, pero esa voz no ha dado el tono; han tenido en el repertorio la cantata, pero apenas la han preluado en el concierto; el rumbo hácia la libertad ha sido un pormenor ó variante en el curso del vuelo, pero no el objeto del curso mismo. Nuestros poetas han padecido y muerto por la patria, pero no han sabido cantarla.

II

Juan Clemente Zenea, de quien vamos á tratar especialmente en estas líneas, no marca excepcion. Y ello no tendría importancia, ni valdría la pena de empezar por tal observación, pues á un poeta se le debe juzgar por lo que es y no por lo que no es, si el fin de su vida, como su existencia entera, no estuviese íntimamente enlazado con la historia política de Cuba, y si, por otra parte, no fuera natural que el lector, al ver escrito el nombre del mártir cubano, se figurase que necesariamente, al hablar de sus trabajos literarios, hay que hablar también de su influencia política. ¡Error! Quien no lo supiera, se negaría á creer que el autor de *Fidelia* tuvo la muerte de los mártires.

Y sin embargo, el tierno, el incomparable romance que lleva ese título, y que no hay cubano que no recite de memoria, es, en opinión de algunos, una alegoría política. Sabemos, por boca de Zenea mismo, que él lo compuso al regresar, una tarde, del cementerio, á donde había ido á acompañar el cadáver de un niño, hijo del distinguido patriota señor Miguel de Aldama y cuyo malogrado talento deploramos todavía. Escritos los cuarenta y cuatro primeros versos, los leyó á Cristóbal Mendoza, joven venezolano educado en Cuba y mártir de nuestra Revolución más tarde; Mendoza, admirado y entusiasmado, lo excitó á que los continuase. « Y á Mendoza se debe el romance *Fidelia*, » agregaba Zenea.

El señor José Antonio Echeverría, uno de nuestros hombres más competentes en literatura y más conocedor de la literatura y política cubanas, nos decía un día, allá por 1871: « Usted no ha leído lo que hay entre renglones en el romance *Fidelia*. *Fidelia* es Cuba; ese juramento de amor, son los sucesos de 1850 y 1851; esos bailes y fiestas son el estado social que creó el capitán general D. José de la Concha; esos diez años son, más ó menos, el intervalo trascurrido desde aquellos acontecimientos hasta la fecha del romance; y el cadáver significa que Cuba había dejado extinguir su pasión por la independencia. » Nos dijo eso, y lo sentimos; la explicación cabe perfectamente dentro de la elegía, pero la ilusión poética desaparece desde que vemos que no hubo *Fidelia*. Edgard Poe, después de habernos estremecido con los graznidos siniestros de su *Cuervo*, se burla de nuestra sensibilidad mostrándonos que esa es una obra de mecánica, y hasta nos lleva al

taller donde la fabricó, y nos señala el yunque, el martillo, los mol-des, las pinzas y toda la caja de herramientas. Lamartine cuenta en sus Memorias que la aventura de *Graziella* fué en gran parte inventada, y que la bella napolitana era una vendedora de tabaco de un estanquillo; es Lamartine quien lo dice, el autor mismo del *Premier regret* con que termina su poema-cuento. *Fidelia*, es cierto, no decae así; Cuba puede reemplazar con honor á la virgen muerta; pero sería mejor que cuando se nos conmueva el corazón, se nos diga bien claro por qué ó por quién, y que luego no resulte que nos hemos equivocado de tristeza.

III

Gran sorpresa causaron á todos los admiradores del poeta elegiaco cubano las siguientes líneas del prólogo que Enrique Piñeyro escribió para la edición in 8.º, de 124 páginas, que se hizo de sus poesías, en Nueva-York, en 1872: «Comprende este volumen todas las composiciones poéticas escritas por Juan Clemente Zenea; faltan únicamente algunas que él solo reconocía como ensayos juveniles, ú otras puramente de circunstancias y sin carácter literario; todas éstas, sin embargo, apénas pasarían de una media docena. El título del libro es, pues, enteramente exacto.»

En efecto, habían pasado once años desde que se imprimieron en la Habana (en 1860) en un volumen titulado *Cantos de la tarde*, casi la mitad (cuarenta) de las composiciones de la nueva edición, y de las cuarenta y cuatro restantes, no llegan á treinta las que no se habían publicado en los periódicos, y aún de esas treinta, diez y seis habían sido escritas en los ocho meses escasos que duró su prisión en el castillo de la Cabaña. ¡En diez años no había, pues, conservado inéditas más que catorce composiciones! Pero todos sabíamos que Zenea adoraba á *la rage*, como Alfredo de Musset, la poesía, y que desde la edad de quince años, ó ántes, había escrito composiciones de mérito. ¡Es decir, que apénas resulta la proporción de cuatro poesías por año, contando desde los quince, hasta los treinta y siete, en que murió, y muchas de esas cuatro tienen apénas quince. . . . diez. . . . y aún ocho versos solamente!

El total no se aumentaría mucho, aunque se agregasen al tomo las poesías conocidas que faltan. De éstas, las que han llegado á nuestro conocimiento son: oda *Á Cristóbal Colon*, que envié al

señor Adriano Páez, y éste publicó en *La Patria*, tomo 4.º, página 19; oda *Á Lincoln*; balada *Las flores*, publicada en la *Revista Habanera*, tomo 2.º, página 224, año 1861; *Necesidad de amar*, romance endecasílabo que el señor don Domingo Cortés ha incluido en su *América Poética*, y que tiene rasgos vigorosos enredados con otros débiles, como aquello de «Allá va la amistad!» y «Del adulterio la pesada nave» etc.; la leyenda de Malvina, ó mejor dicho, un fragmento, que es lo que hemos visto, y que está bien en el modesto olvido en que se la ha dejado. Decimos lo mismo de *Morir de amor*; *Á un amigo en la muerte de su padre*; *Á un ave*; una composición titulada *Poesía*; *Paseo nocturno*; dos ó tres sonetos; y *La Mujer*, quintillas de una polémica en verso con José Fornaris, Rafael Otero y José Gonzalo Roldan. La mayor parte de estas composiciones fué publicada en 1855, en edición especial, por la empresa del periódico literario *Brisas de Cuba*. Conocemos también algunas traducciones, á saber: *La tumba del marino*, bellísima, que reprodujo *La Luz* de Bogotá, número 3; esta composición fué publicada por el señor Piñeyro en su interesante *Revista del Pueblo* en 1866 ó 1867, y reimpresa por el mismo en el *Mundo Nuevo*, firmada en esta última vez con tres asteriscos; *Año nuevo*, fragmento del poema de Tennyson *In Memoriam (Patria)*, tomo 3.º, página 161); el *Arco Iris*, de Lamartine, otro fragmento del *Jocelyn* y un romance en castellano antiguo.

IV

El carácter dominante de las poesías de Zenea es la melancolía. Las tardes de los trópicos se reflejan en ellos con sus medias tintes crepusculares, con sus grandes sombras invasoras del espacio y del alma, con sus nubes espléndidamente triste, regadas en todo el horizonte, con sus colgaduras funerarias del lado de Occidente, con su inmenso cielo más azul y más dilatado que á ninguna otra hora de la vida. Á los veinte años nos parecieron las confidencias de nuestro propio corazón, y hoy todavía, al repasarlas en la memoria, sentimos que se despiertan en él todos los ecos de la primera juventud, que vuelven á repercutir, fieles á pesar del tiempo, las adoradas ilusiones de otra edad. Si su modelo fué Alfredo de Musset, y si el autor de *Rolla* es el poeta de la juventud, como creen en Francia, Zenea ha aventajado á su maestro en que es el poeta

de lo que pudiéramos llamar otra manera de la juventud. Parece imposible que de fuente tan turbia haya emanado agua tan cristalina. Leyendo las páginas de Musset, principalmente las *Confesiones de un hijo del siglo*, no puede uno ménos que exclamar: ¡Qué horrible, pero qué verdad es esto! En las de Zenea se sienten revivir todos los sentimientos virginales de la adolescencia, el amor puro, la castidad del alma, la fidelidad, la esperanza, la fé en el amor y en la mujer querida, la alucinación de los primeros ideales! Repito uno las palabras de Celuta á René: «¡Es tan triste, pero es tan dulce lo que dices!»

Zenea mismo nos declaró que Musset era su poeta favorito; pero esa predilección debió de manifestarse cuando su genio poético estaba ya en vigor, y no en las primeras evoluciones de su desenvolvimiento; porque con quien él tiene más afinidad de alma es con Lamartine. Fáltanle, es cierto, las veleidades del cantor, religioso en la *Gran Cartuja*, y panteísta en *Rafael*; pero el estado social de Cuba, muy diferente del de la Francia de la Restauración, carecía de elementos y estímulos para la poesía sagrada. Mientras el Gobierno español nos imponía la religión oficial en que todos nos hemos educado, la gran República protestante, nuestra vecina, nos enviaba en ráfagas silenciosas su espíritu de libertad de conciencia, y la literatura francesa nos traía ideas de incredulidad. La resultante de esas tres fuerzas ha producido generaciones que no son místicas ni ateas, sino *indiferentistas*, lo que, bajo el punto de vista político exclusivamente, es, sin duda, una ventaja, porque así tendremos un problema ménos ¡y qué problema! por resolver en lo porvenir. (1)

Lamartine no se olvida de Dios, ni aún en sus amores; el amor de Musset es como una flor que conserva su perfume aún después que ha perdido la corola. Zenea no tiene ímpetus como los del cantor de Elvira:

Je pourrais, Dieu puissant, la nommer devant toi!

pero tampoco ha dicho cosas como esta, del *Spectacle dans un fauteuil*:

(1) El Director del *Repertorio* no suscribe esta opinión. El problema no existiría si se conservara la unidad religiosa, que es el mayor bien de que puede disfrutar un pueblo. Romper esa unidad es crear el problema, y querer resolverlo después con la violencia, el colmo de la tiranía. — N. E.

Doutez, si vous voulez, de l'être qui vous aime,
D'une femme ou d'un chien. — mais non de l'amour même.

Lucía será, si se quiere, hermana gemela de Fídelia; pero Graziella es su hermana mayor. Esta fué, en nuestro concepto, la obra que más influencia ejerció en el espíritu de Zenea, la que le señaló su verdadero camino. Cuando Edgard Poe reunía los materiales para componer el *Cuervo*, como reúne un relojero las piezas para armar un reloj, se dijo: «La muerte de una mujer hermosa y amada es, indudablemente, el asunto más poético del mundo, y es el que debo escoger para mi poesía.» Zenea llegó á idéntica conclusión, no mecánicamente, sino inspirado por *Graziella*.

El amor es poético en cualquiera de sus facetas; pero el amor desgraciado parece ser fuente más abundante de verdadera poesía. Conocemos algunas páginas en que se pinta bien el amor feliz, como aquellos versos que todavía hay quien atribuya á Byron:

Hay una vida mística enlazada
Tan cariñosamente con la mía etc.

pero por cada una puede citarse un poema de amor martirizado. Las lunas de miel no han producido ningún libro inmortal; el lector casi no se atreve á creer en la de Renzo y Lucía cuando Manzoni pone á la una en brazo del otro. Carlota, Margarita, Laura, Leonor, Julieta, Lorenza, Esmeralda, Atala, Virginia, Graziella, Evangelina, y hasta ¿por qué no, si el Dante le ha puesto una aureola de poesía? hasta Francisca de Rimini. . . ¡Fídelia es de esa familia! Fídelia no tiene historia, pero ha inspirado uno de esos sentimientos que ocupan entera la vida mística de Jocelyn, que producen los vértigos de Werther, que arrancan lágrimas en la ancianidad á Chactas, que llevan á la tumba á Romeo, que ocupan las meditaciones eternas de Petrarca.

El éxito de Zenea en esta clase de composiciones es tanto más considerable, cuanto el género es muy trillado, y en Cuba lo ha sido quizás más que en ninguna otra parte. En las de Zenea puedo haber irregularidades, pero en ninguna se encuentra ni una sola vulgaridad. Al rededor de sus romances pulularon millares de imitadores que quisieron participar de su gloria; casi todos han perecido en el olvido, sólo los suyos se han salvado, como expresión de una época de la poesía cubana que tuvo en él su encarnación, su más genuino representante. Las mejores imitaciones son los roman-

cos *La tarde* de Fernán Yáñez y *El árbol seco* del señor Carlos Navarrete y Romay. La última ha sido reproducida en el *Pasa-tiempo* de Bogotá.

«No figuran (nos decía un día desdenosamente) que mis versos agradan porque son romances; para que se convenzan de que no es así, allá los van endecasílabos»; y publicaba la conmovedora poesía que empieza:

Señor! Señor! el pájaro perdido. . . .

Mortificábase que lo criticaran como un defecto el que sus composiciones fuesen cortas. «Quieren que yo haga como ellos, decía con cólera; y á ellos lo que los pierdo es la exuberancia. No hay ni una composición mía que en primer borrador no haya tenido dos, tres ó cuatro veces su extensión; pero en todo primer borrador se dicen siempre muchas necedades y hay que echarlas fuera. Yo les meto á mis versos mucho *machete*.»

De ahí procede la sobriedad, que es una de las mejores cualidades de su estilo. Nótese qué limpia corre la frase en los siguientes versos, cuán desembarazados de adjetivos impertinentes y de conceptos inútiles, cómo cada línea parece una vuelta ascendente de una bella espiral, que continúa sin interrupción y se pierde en lo infinito:

Quando emigran las aves en bandadas
Suelen algunas al llegar la noche
Detenerse en las costas ignoradas
Y agruparse de paso á descansar,
Entonces dan los ánades un grito
Que repiten los ecos, y parece
Que hay un Dios que responde en lo infinito
Llamando al hijo errante de la mar.

Para cuadros así, completos con sólo dos pinceladas, tenía disposiciones especiales.

Véanse algunas muestras, tomadas de lugares diferentes de su libro:

Corre un mes y otro mes, y pasan años,
En pláticas de dulce desvarío
Y hablamos del amor de los extraños
Y nunca hablamos de su amor ni el mío!

Rubio el suelto cabello, aucha la frente,
Ojos bellos y azules, alas de oro,
Sentada en una nube de Occidente,
La diestra entre las cuerdas del laúd,
A la muerte del sol, á veces turo
Que me saluda una vision hermosa,
Y en el secreto idioma del suspiro
Me conversa de amor y de virtud.

¿Por qué al verme te vas, y de tus plantas
El listo paso abrevias, y te escondes,
Y al sentarme a tu lado te levantas
Y al decirte mi amor no me respondes?

SEGUNDAS NUPCIAS

El soldado fué á la guerra
A triunfar ó perecer,
Y dejó en lejana tierra
Sus hijos y su mujer.
A los primeros reveses
Murió en rudo batallar,
Y al cabo de cinco meses
Hubo nupcias en su hogar.
Roto el lazo de constancia
Su esposa, ardiendo en pasión,
A un amigo de la infancia
Entregó su corazón.
Y hubo canto y regocijos,
Y en las fiestas del hogar
Sólo el mayor de los hijos
Se puso triste á llorar.

V

Si por originalidad ha de entenderse la ausencia total de conceptos y hasta frases de otros, entónces no hay más poetas originales que los de la antigüedad, y entre ellos solamente unos pocos. La identidad de pensamiento y de dicción es muchas veces casual, y en los buenos poetas hay que creerla sinceramente involuntaria. Cuando Lamartine en *La Providence à l'homme* llamó al sol *sombra de la luz de Dios*,

Ce soleil éclatant, ombre de ma lumière,

sin duda no fué plagiando, tal vez ni recordó siquiera, los versos de Byron (*Manfredo*, acto 3.º, escena 2.ª, versos 15 y 16):

And representative of the Unknown
Who chose thee (al sol) for his shadow!.....

Es curioso que al paso que va siendo más difícil la originalidad, seamos á este respecto más exigentes. En otros siglos, cuando había más abundante mies que recoger, porque no habían acudido tantos segadores, para valerme de una imagen de Caro (Elme-Marie), se tenían ménos escrúpulos. Virgilio copió á Homero, Racine á Eurípides, Chaucer á Bocacio y Lotius, Corneille á Guillen de Castro y Alarcon, Mirabeau á Dumont y al marqués de Cazeaux, Walter Scott á Goethe y á otros, Pascal á Montaigne, Disraeli á Thiers, Canning á madama Stael, Lord Brougham á Voltaire, Balzac á Walter Scott; Shakespeare, Tasso, Moliere, Sheridan, Voltaire, á todo el mundo, y muchos han tenido la sinceridad de confesarlo; Ticknor señala en la *Guerra de Granada*, de Diego Hurtado de Mendoza, páginas de Tácito; el señor Miguel Antonio Caro notó en el *Childe-Harold* de Byron una reminiscencia de Virgilio « de que había ya usado, al mismo propósito, fray Luis de Leon en la *Profección del Tajo* » (*Repertorio Colombiano*, tomo 1.º, página 220) y en los versos de Olmedo trozos de Martínez de la Rosa y de Quintana (tomo 2.º, páginas 287 y 457). Gustavo Aymard se llevó de Buenos Aires, y presentó en Francia como hija suya, la hija de José Mármol, *Amalia*. Hay varios asuntos, como el *Romance de la Rosa*, que se encuentran en los albores de todas las literaturas. Alfredo de Musset, cuando lo acusaron de lucir galas de Byron, se defendió muy bien en unos agradables versos que, con permiso de los maestros de escuela (franceses, se entiende), me tomaré la libertad de reproducir:

Byron, me direz-vous, m'a servi de modèle.
Vous ne savez donc pas, qu'il imitait Pulci?

Lisez les Italiens, vous verrez s'il les vole.
Rien n'appartient à rien, tout appartient à tous.
Il faut être ignorant comme un maître d'école
Pour se flatter de dire une seule parole
Que personne ici-bas n'ait pu dire avant vous.

(Direis que Byron me ha servido de modelo; luego ¿no sabeis que él imitaba á Pulci? Leed los italianos, y vereis cómo les robaba. Nada es de nadie, todo es de todos. Es preciso ser ignorante como un maestro de escuela, para lisonjearse de decir una palabra siquiera que otro no haya podido decir antes.)

Hecha esta salvedad, vamos á indicar algunas de las imitaciones y reminiscencias de toros poetas que hemos encontrado en Zenea.

Los que hayan leído el *Jocelyn* (y pocos habrá que no, entre los amantes de la bella poesía), recordará que Laurence, próxima á morir en brazos del sacerdote que fué su primer amor, y que ha acudido á administrarle los últimos sacramentos sin saber quién es ella, le confiesa cuánto había detestado al marido que le obligaron á aceptar, sin que la pasión de él sirviera más para estimular aquel odio, y exclama con energía: « ¡no le perdoné que me amara, sino cuando lo ví moribundo! »

Zenea, en el *Adios*, se dirige á una mujer que no le ofrece más afecto que el de hermana ó amiga; la situación no presenta ninguna analogía con la de Laurence, pero sí la hay en esta valiente exclamación:

Y yo indignado

.....
Perdon te pido por haberte amado!

Dice Lamartine en su meditación *A La Grande Chartreuse*:

Pour s'élançer, Seigneur, où ta voix les appelle,
Les astres de la nuit ont des chars de saphirs;
Pour s'élever à toi l'aigle au moins a son aile;
Nous n'avons rien que nos soupirs!

La plegaria de Zenea dice así:

Señor! Señor! El pájaro perdido
Puede hallar en los bosques el sustento,
En cualquier árbol fabricar su nido
Y á cualquier hora atravesar el viento!
Y el hombre, el dueño que á la tierra envías
Armado para entrar en la contienda,
No sabe al despertar todos los días
En qué desierto plantará su tienda!

Aquí no hay imitación sino analogía; es una misma nota, arrancada á dos lirras diferentes; dan un mismo sonido, se unen sus ondas, pero no se confunden. El suspiro del uno es religioso, el del otro social; ambos envidian al ave, el uno porque puede lanzarse al espacio y perderse entre las nubes y los cielos; el otro porque tiene más facilidad que el hombre para cumplir su destino. Ambos poetas han recibido su inspiración de la poesía consoladora de la Biblia.

Otras bellas reminiscencias de los libros sagrados hay en nuestro poeta; era imposible que un alma como la suya no se deleitase en la poesía hebrea:

Pero el hijo del hombre tiene un día
En que anhela y no puede descansar.

Véase qué delicadamente está envuelto el *O vos omnes qui ambulatis per viam* en la siguiente cuarteta del *Recuerdo*:

Y en medio de sus duros desengaños
Se sienta el hombre á reposar á solas,
Les da un adiós á los primeros años
Y cuenta á los que pasan su dolor.

Pero el poeta predilecto de Zenea en sus primeros años fué, como queda dicho, Alfredo de Musset. Por una reminiscencia de Víctor Hugo, como el *Ora pro nobis*, que tiene el espíritu de la *Oracion por todos*, se cuentan indefinidamente las estelas luminosas que en su imaginación trazó aquel discípulo de Byron, Shakespeare y Rognier. *No me olvides* es un eco delicioso de *Souviens-toi*:

Acuérdate, alma mía,
Acuérdate de mí.

Estos versos:

Mis tiempos son los de la antigua Roma
Y mis hermanos con la Grecia han muerto.

recuerdan los *Vœux stériles*:

Grâce.....
Je suis un citoyen de tes siècles antiques.

Pero es probable que muchos hayan dicho lo mismo ántes que Zenea y Musset. Desde que llamaron á Boccio «el último de los romanos», no hay por qué no queramos todos ser dignos de haber vestido la toga viril, sobre todo cuando nos acosa, en el *spleen* de lo presente, la nostalgia de lo pasado.

En *Fidelia* se leen estos versos bellísimos:

Tomamos ay! por testigos
De esta entrevista suprema,
Unas aguas que se agotan
Y unas plantas que se secan,
Nubes que pasan fugaces,
Auras que rápidas vuelan,
La música de las hojas
Y el perfume de las selvas.

Ya Enrique Piñeyro observó en el *Mundo Nuevo* que son imitación de Musset. Estos son seguramente los versos imitados á que aludió el crítico cubano:

Ils prirent à témoin de leur joie éphémère
Un ciel toujours voilé, qui change à tout moment,
Et des astres sans nom, que leur propre lumière
Devore incesamment.

Versos que han sido traducidos por el señor Roberto Narváez así (*Zipa*, tomo 1.º, página 103):

Tomaron por testigos de sus votos
Un cielo siempre lóbrego y mudable,
Y astros que cruzan, devorando ignotos
Su propio ser, el éter insondable.

Musset dice en el *Idilio*:

Son cœur est un oiseau.....

En las quintillas *Una mujer* (que en los periódicos se habían publicado dirigidas *A Rita Osma*) dice Zenea que parece que tiene un ave en su alma. Ya en otra ocasión (1) notamos la coincidencia de la imagen de Zenea con la del idilio *Chaulieu* de Víctor Hugo:

Quand elle parle, on croit entendre, ô bois profond!
Un rossignol chanter au-dessus de son front.

Zenea dice:

Es tu voz
.
.
. una música tan suave
Que parece que hay un ave
Que está cantando en tu alma.

(Concluid.)

(1) Número 19 de *La Reforma* de Bogotá. Al citar entonces los versos de Zenea pusimos «un acento tan suave» en vez de «una música tan suave», como dice la edición. Citábamos de memoria, y recordábamos los versos como se publicaron en los periódicos antes de haber hecho el autor la corrección de *música* por *acento* y otras muchas que tiene el libro.

SUETOS

El Doctor MANUEL AUGUSTO MONTES DE OCA — La Biblioteca del Ateneo ha recibido un precioso volumen, de esmerada impresion, con el retrato del ilustre médico argentino, que dejó profunda y luminosa huella en la clínica quirúrgica, buenos ejemplos en el escenario político de su país, recuerdos imborrables en las relaciones sociales en el ministerio de su profesion, en el corazon y en la mente de la juventud que recibió sus enseñanzas. Como hombre de ciencia, la reputacion del doctor Montes de Oca salvó las fronteras de su patria; fué más allá de las riberas del Plata, y más allá de la Cordillera. Sus inspiraciones científicas quedaron convertidas en prácticas quirúrgicas: « la *insuflacion*, la *peri-uretrotonia*, el *sedal á tubo de drenaje en el tratamiento de los hidroceles*, y la *laparotomia* especial que ideó para ostruir un aislador enorme de telégrafo de la cavidad abdominal, harán que su nombre viva siempre en los anales de las ciencias médicas. »

Estos procedimientos ó métodos operatorios llamaron la atencion de sábios europeos, y revistas muy acreditadas en el mundo médico se ocuparon de ellos, considerándolos como un gran adelanto. Más tarde, en los últimos dias de su existencia, el sábio argentino (es merecido el título) fué acogido con grandes muestras de distincion por eminencias como Lister, Virchow, Lasdigne, Wood, Thomson, Chareot, De Wecker, Paget, etc., cuyas obras eran ya familiares al doctor Montes de Oca.

El hermoso volumen que tenemos delante contiene la biografía del doctor Montes de Oca; sus apuntes y escritos, en que se incluyen conferencias de clínica quirúrgica, trabajos vários, y escritos íntimos que revelan la esquisita sensibilidad, elevacion de ideas y dotes originados de tan distinguido argentino. La última parte del libro está consagrada á detallar la enfermedad y últimos momentos del doctor Montes de Oca, los honores póstumos y el primer aniversario de su muerte.

Una faz ofrece la vida del doctor Montes de Oca, que merece especial encomio.

Fuó médico eminente, sin olvidar jamás que era ciudadano argentino. Ha figurado desde 1859 en los parlamentos de su patria, como paladin de las instituciones, defendiendo siempre la causa de los principios liberales, y manteniéndose ajeno á los intereses de círculo y á los enconos partidistas.

Sarmiento no se engañaba cuando lo estimulaba á perseverar en su apostolado parlamentario, á pesar de la escasez del aplauso popular, pronosticándole que en la edad provecta hallaría un caudal que se acumula lentamente . . .

Murió joven todavía, no pudo alcanzar la ancianidad gloriosa que lo vaticinó Sarmiento; pero ahí está el *caudal acumulado*, simbolizado por la guirnalda de siemprevivas que hombres de distintas erencias, compañeros de profesion, periodistas, tribunos y celebridades de otros países han tejido para depositarla sobre su tumba como ofrenda merecida al talento, á la abnegacion, al patriotismo y á la grandeza de alma del que fué en vida Manuel Augusto Montes de Oca, y pasa á la posteridad como varon de altos ejemplos y de grandes virtudes.

La Biblioteca del Ateneo agradece á los editores de la biografía tan valioso obsequio.

P.

CALISTO OYUELA — *Los Anales* dan la bienvenida á este distinguido poeta, laureado en los Juegos Florales de Buenos Aires por su delicada composicion *Eros*. Oyuela es director de *La Revista Literaria Argentina*, que se publica en la capital vecina, con cuya interesante publicacion canjearemos en adelante *Los Anales*.

Publicaremos próximamente algunas páginas de Oyuela, escritas esposamente para esta revista.

Algunos de los trabajos literarios del joven poeta han sido reproducidos hace poco por órganos importantes de nuestra prensa diaria. *El Siglo* reprodujo los estudios sobre *el arte moderno*, en que el autor dá testimonio elocuente de su preparacion y criterio estético.

El señor Oyuela figura entre los jóvenes más estudiosos de la opuesta orilla. Sus tendencias literarias están ya muy acentuadas, y se distingue por su elevada inspiracion, la delicadeza de los sentimientos y el esmerado estilo que campea en todas sus producciones.

Tendrán los lectores de *Los Anales* ocasion de apreciar sus buenas dotes literarias.

ACADEMIA DE CIENCIAS EN CÓRDOBA — Acusamos recibo de la entrega 1.^a del tomo V de *Actas* de la espresada Academia. Contendrá el tomo los resultados científicos, especialmente zoológicos y botánicos, de los tres viajes llevados á cabo por el doctor Holmberg en 1881, 1882 y 1883 á la Sierra del Tandil. En la entrega 1.^a aparecen los mamíferos y las aves. La obra se ejecuta con ayuda de varios colaboradores.

A LOS SEÑORES AGENTES — Se previene á los señores Agentes de este periódico, que su Administrador ha recibido orden de la Comision Directiva del *Ateneo*, para dirigirse á ellos, requiriéndoles el abono de las mensualidades que adeuden hasta el 1.^o de Enero de 1884, debiendo dichos señores hacer esa remision ántes del 30 del corriente mes.

El Administrador.

Montevideo, Febrero 5 de 1884.
